

# El guardian y la sociedad de los cuervos

ESTEBAN DE LA FUENTE

Image not found.

# Capítulo 1

## Origen

La mayoría de las personas le tienen miedo a la oscuridad, un lugar oscuro siempre resulta tenebroso y escalofriante, por mi parte yo siempre le he temido a los lugares cerrados, desde pequeño desarrollé esta fobia, debido a un hecho que marcó mi vida. Cuando tenía 5 años, unos hombres irrumpieron en mi casa, ubicada en un pequeño pueblo llamado Half Moon Bay, al norte de California. Eran aproximadamente las 12 de la noche, cuando tres hombres vestidos de negro entraron sin avisar. Todavía puedo escuchar a mi madre gritando asustada, y a mi padre tratando de detenerlos, después de eso, el silencio de algo que no sabía que era, reinó en la casa, yo me asusté tanto que corrí y me oculté en un pequeño cuarto, ubicado entre el closet y la pared. El cuarto era tan diminuto, que apenas cabía yo parado. De pronto unos pasos comenzaron a subir las escaleras y mi corazón comenzó a latir de una manera increíble, era como si estuviera jugando a las carreras, no sabía que pasaba más rápido; si los latidos de mi corazón o mi respiración. Y los pasos que seguían subiendo, no paraban.

En unos segundos, la sombra apareció por la parte de abajo de mi puerta, no sabía quién era, ni que era lo que querían, aunque el miedo me decía que no eran buenas personas. La perilla de la puerta comenzó a girar lentamente, como si no quisieran hacer ruido, hasta que la puerta se abrió y entre la rendija de la puerta y la pared, pude ver a ese hombre sin rostro que recorrió mi cuarto como si estuviera buscando algo. Por un momento pensé en salir, aún sin saber de que se trataba todo, tal vez podían ser personas buenas que solo habían ido a ayudar, pero un miedo en mí, de nuevo me hizo temer que me encontrarán. Una costumbre que siempre tuve, de dejar la ventana abierta, en un lugar donde las temperaturas descienden a los  $-5$  grados, como Half Moon Bay, me salvó la vida. El hombre se acercó a la ventana, y pensando que yo había escapado por ahí se aproximó para cerciorarse. En ese momento se escucharon más ruidos en la parte de abajo, esto pareció espantar a los hombres de negro, al punto de salir por la ventana con sus dos acompañantes.

Ni siquiera en ese momento pude respirar tranquilo, el salir de ese lugar fue lo más difícil que hasta la fecha había hecho en mi vida. Cada paso que daba me parecía una eternidad, y pensaba que pasarían mil cosas en un segundo. Al final lo logré y salí de mi habitación. En el pasillo de las escaleras había mucho desorden; jarros quebrados y cosas en el piso. Mientras miraba todo, bajaba las escaleras y me preguntaba dónde estarían mis padres.

—Mamá.—dije pensando que ella me contestaría.

Pero en su lugar el silencio me contestó con nada, seguía avanzando por la sala y tras el sillón encontré lo que más temía: mi padre y mi madre yacían en el piso. Los dos con un balazo en la cabeza. Me impresioné tanto que me desmayé, y cuando desperté estaba en el mismo lugar de siempre: en la cama del orfanato St. Lucas; el lugar donde he estado desde la tragedia y donde he tenido la misma pesadilla desde que llegué aquí hace 13 años.

El orfanato St Lucas está ubicado en una montaña boscosa, a una hora de la ciudad. En realidad se trataba de un antiguo monasterio abandonado, pero un grupo de monjas lo había adaptado para dar albergue a niños huérfanos, y desde entonces el lugar se sostenía solo con donativos. Muchos jóvenes habían querido escapar de sus paredes, al no estar de acuerdo con las normas religiosas que ahí se seguían, pero solo una joven lo logró. Recuerdo muy pocas cosas de ella, era muy callada, pero muy linda a la vez, se hablaba mucho de ella pero poco se sabía, nunca nadie habló con ella, acostumbraba a sentarse, en la esquina más solitaria del orfanato, y a la hora de la comida se limitaba a tomar una fruta y volvía a su lugar. Recuerdo que un día, como era de costumbre, algunos chicos comenzaron a molestarme, eran tres y más grandes que yo, fue la primera vez que escuché su nombre:

—¡Amanda! —le dijo uno de los que me molestaba, pero ella solo camino hacia nosotros.

—¿Qué le hacen? —preguntó casi entre dientes.

—Solo nos estamos divirtiendo, así que no te metas —le contestó el niño.

Senténces simuló que me golpearía. Cerré los ojos, como para no ver el golpe y hacer que no me doliera. Los siguientes que escuché fueron los pasos de los tres chicos que se alejaban sin saber por qué. Abrí los ojos y ahí estaba ella sola frente a mí.

—¿Qué pasó? —le pregunté aún asustado.

—No sé, supongo que se cansaron de molestarte —me contestó a secas, para después dar la vuelta y marcharse.

Muchas veces traté de darle las gracias, pero me fue imposible, siempre me evitaba. A los pocos días del incidente desapareció sin dejar rastro, y jamás se volvió a saber de ella. La madre superior, era la madre Rochell, era una buena mujer que me ayudó mucho a superar mi trauma, durante el tiempo ahí. Conforme pasaron los días me di cuenta de que el lugar no era tan malo como lo hacían ver, cualquiera que no viviera ahí, podría pensar que nos daban castigos duros y que nos golpeaban, pero no era así, por lo menos para mí la estadía en el orfanato no fue un infierno, pero tampoco fue el paraíso, nunca faltaba quién te tratara mal por tus antecedentes, nunca hice amistad con nadie, porque la mayoría de los niños de ahí me tenían miedo, decían que yo había matado a mis padres. Las historias sobre mi estaban por todo el lugar, diferentes cosas se contaban, pero por supuesto nada era cierto aunque aún así, los demás no dejaban de molestarte. En varias ocasiones me dejaron un ojo morado, en peleas que ellos mismos provocaban y en las que yo terminaba castigado.

Ese día me levanté temprano como cualquier otro día, esperando ansioso el día de mi salida, pero ese día fue diferente. Por fin en una semana me podría ir. Regresaría a Half Moon Bay, aunque eso me daba un poco de miedo, porque volvería a la casa donde comenzó todo, y regresaría a terminarlo. Ya casi no recordaba nada del lugar, excepto a mi amigo Matiew, en realidad él era el único amigo que tenía. Su padre era el gerente del Banco, y mi padre era uno de sus mejores clientes, así que no fue difícil que nosotros nos lleváramos tan bien.

Seguí la mañana como siempre, esperando lo que el día me trajera. La campana para la hora del desayuno sonó más temprano, muy temprano para mi gusto, ya que me gustaba llegar primero al comedor para tomar de las frutas más frescas. Ahora con toda esa manada de niños hambrientos, era más difícil alimentarse. El menú era el mismo de casi todos los lunes: puré de papa, con hígado y una fruta, no había mucho de donde escoger. Para tomar, solo leche o agua, el jugo era algo muy limitado en el lugar y solo lo tomaban las madres encargadas.

La primera noticia del día llegó muy pronto, una de las madres encargadas vino a mi habitación.

—¡Mark!

—Si madre.

—La madre Roshell quiere hablar contigo, te espera en su oficina.

—Voy enseguida —le contesté.

En qué problema me meterían ahora mis compañeros, para que la madre me mandara a llamar. Esperaba que fuera el último, porque no me quedaba mucho ahí. Me dirigí a su oficina y toqué a la puerta.

—Adelante —escuché su voz amable como siempre. Pasé y me paré frente a su escritorio.

—Una de las madres me dijo que me mandaba a llamar.

—Así es Mark, toma asiento por favor —me indicó. Todavía nervioso dude en hacerlo pero no me podía negar a su invitación.

—Como sabrás tu salida no es hasta el domingo, pero debido a que tengo un viaje pendiente al Vaticano, que se tuvo que adelantar para mañana, tendré que adelantar tu salida también para hoy. Así que puedes alistar tus cosas en este momento, que en una hora salimos al aeropuerto.

La noticia me cayó de improviso, pensé que estaría preparado para cuando ese momento llegara, pensaba que lo podría controlar pero no fue así, un mundo de preguntas me cayó encima, ¿ahora que haría? En Half Moon Bay no tenía más que la casa de mis padres. No había familia ni nadie a quién recurrir, comencé a hacerme la idea de que el principio sería difícil. En una hora ya tenía todo listo para marcharme de aquel lugar, que a pesar de no ser el mejor del mundo, había sido mi hogar por 13 años, y ahora me marcharía tal vez para no volver.

Mientras avanzaba por el pasillo del orfanato hasta la salida parecía que todo se detenía, la madre Roshell me tomó la mano porque sabía que el momento era difícil para mí, me brindó una sonrisa en señal de apoyo. Una vez que dejamos el orfanato comencé a sentir en mi una sensación de libertad, y empecé a disfrutarla, no había más prohibiciones ni nada que se le pareciera. Ahora era yo el dueño de mi propio destino. En el aeropuerto la madre Rochel me abrazó muy fuerte y me dio un beso.

—Te cuidas mucho Mark y puedes volver cuando quieras me dijo.

Por supuesto que yo no pensaba volver, pero tenía que responder a su amabilidad.

—Lo haré madre Rochel —respondí.

Conforme abordaba el avión, el miedo a lo encerrado apareció, una desesperación invadió mi cuerpo y las ganas de gritar golpeaban mi pecho tan fuerte que podía oírlos. La persona que se encontraba sentada al lado mío, se dio cuenta de que algo no estaba bien

—Jovencito te encuentras bien —me preguntó. Pero apenas pude contestar que si...

De inmediato una azafata llegó a tranquilizarme, y me dio una pastilla que me mantuvo dormido todo el vuelo. Cuando desperté ya todos habían bajado del avión y la misma azafata hizo el favor de despertarme. La vergüenzame invadió entonces, y mi cara se puso roja. Al descender del avión lo primero que pude ver fue una manta que decía: Mark. Era un señor que no conocía o yo no recordaba. Me acerqué pensando aún que se podría tratar de un error, ya que yo no tenía familia en Half Moon Bay, pero en cuanto él me vio me reconoció.

—¡Mark! —me dijo.

—Sí —le respondí todavía sin ubicarlo.

—Soy yo el señor Martín, el padre de Matiew, ¿no me reconoces?—me volvió a preguntar.

—Bueno, es que ha pasado tanto tiempo que no lo reconocí —le respondí.

—Pero mírate nada más... como has crecido, y te pareces tanto a tu padre —me decía mientras me abrazaba.

Yo no sabía que decirle, y solo sonreía ante tantos halagos. Al final nos dirigimos hacia el auto, y ahí estaba Matiew, mi amigo de la infancia, estaba sentado en el auto apenas me vio, sacó su cabeza por la ventanilla y me saludó, para después abrir la puerta y darme un abrazo.

—¡Mark! ¿Cómo has estado?

—Bien, la verdad que estoy sorprendido, no me imaginaba que ustedes estuvieran aquí esperándome.

—Yo tampoco lo creía, cuando papá me dijo que regresarías.

—¿Pero como supieron que yo regresaría, no entiendo?—pregunté confundido.

—Ya hablaremos de eso en la casa y con tiempo Mark, por ahora lo bueno es que ya estás aquí en casa y con tu familia, porque de ahora en lo adelante nosotros seremos tu familia.—me explicó.

Me sentí bien por un instante, después subimos al carro y nos dispusimos a marcharnos hacia la casa de los Martín. Mientras avanzábamos por la carretera, los recuerdos comenzaron a llegar y más aún cuando entramos al pueblo, todo estaba muy cambiado aunque algunas cosas se mantenían en su sitio, Matiew me miró y no paraba de reír.

—¡Wao!, no puedo creer que haya pasado tanto tiempo.—me dijo.

Comenzamos a conversar de lo diferente que estábamos y de cuánto tiempo había pasado. El camino hacia su casa se hizo corto, al llegar a la casa había una señora afuera, su aspecto era amable. De inmediato supuse que se trataba de la señora Martín, la recordaba muy bien por las galletas que nos preparaba cuando éramos niños, lo único que no disfrutaba en ese momento, era el recibimiento y los saludos. Nunca me han gustado mucho esas cosas de llegar y saludar, más allá de decir hola. La señora Martín por su parte, fue muy amable, de inmediato se acercó a mí y me dio un abrazo muy fuerte y el río de halagos comenzó de nuevo. Así transcurrió toda la tarde desde mi llegada a Half Moon Bay. Por la noche la señora Martín preparó una cena riquísima para darme la bienvenida, mientras cenábamos le pregunté al señor Martín que dónde podría conseguir trabajo

—No tienes que trabajar Mark —me respondió.

—No entiendo, pero de algo tengo que vivir—le respondí.

—Tu padre te dejó una fuerte suma de dinero, que yo mismo he administrado, y ahora que ya eres mayor de edad... bueno que ya estás a punto de ser mayor de edad—rectificó—, podrás hacer uso de ella.

—Nunca supe nada de que mis padres me hubieran dejado alguna herencia, ni nada por el estilo, sabía de la casa pero nada mas —le contesté muy sorprendido.

Después de esa confesión, supe que podría volver a la escuela y hacer muchas cosas que no había hecho en el orfanato. Al terminar la cena, Matiew y yo comenzamos a hablar de tantas cosas como pudimos, hasta quedarnos dormidos y la pesadilla volvió como siempre;

hasta que desperté.

—¡Mark! ¿Estás bien?— me preguntó Matiew un poco asustado por mi estado.

—Sí —le respondí todavía fatigado.

Pero Matiew era mi mejor amigo y tenía que contarle lo que me pasaba, así que comencé a contarle mi sueño tal y como era, pero él no sabía que decirme, por lo menos eso es lo que reflejaban sus ojos, que tendían a agrandarse cuando se sorprendían. Así que así lo dejé y no le puse más importancia. Era mi primer día de escuela y tenía que estar temprano en la oficina para tomar mis clases. En ese momento escuchamos a la señora Martín.

—Bajen a desayunar — gritó mientras el olor a pancakes penetraba en el cuarto.

—Hacía años que no olía esa delicia —le dije a Matiew.

—Pues acostúmbrate —me respondió con una sonrisa.

El día comenzaba bien, sería mi primer día de escuela y un gran desayuno me levantaba. Después de desayunar el señor Martín nos pasaría a dejar a la escuela, pero antes tendríamos que pasar por mi casa, apenas doblamos la esquina ahí estaba, todavía con los mismos colores que la última vez que la había visto. Los arbustos de la entrada estaban demasiado crecidos, más que un jardín, aquello parecía una selva, y las ventanas estaban quebradas. El señor Martín aceleró un poco el automóvil para hacer más corto mi sufrimiento de ver mi casa, así que solo la vi por algunos segundos, pero sabía que volvería tarde o temprano. Al bajar del auto el señor Martín me recordó que él ya me había hecho todo el papeleo de la escuela, solo tendría que pasar a la oficina a recoger mi horario de clases. Descansé hasta entonces, así no tendría que esperar sentado por una hora, en ese pequeño lugar, como acostumbraban a ser las oficinas.

La escuela no era la mejor, pero para su nivel estaba bien, al entrar el letrero de la escuela era visible, me dirigí de inmediato a buscar la

oficina de la escuela.

Matiew se adelantó a su clase, ya que estábamos tarde y no me dio tiempo ni de preguntarle en dónde se encontraba la oficina. El pasillo estaba lleno de alumnos locos, pero en segundos el pasillo quedó vacío, solo una señora que se encargaba de la limpieza quedó frente a mí, estaba a algunos pasos, no tenía más remedio que preguntarle a ella, qué donde quedaba la oficina principal. Me acerqué con mi cara de confusión.

—Disculpe —le dije para que volteara a verme pero fue inútil. Enseguida tosí un poco para llamar su atención, estaba limpiando el piso pero esta vez sí se volteó. Su mirada me expresó su desagrado.

—Dime —me respondió a medias.

—Soy nuevo y estaba buscando la oficina, será que podrías decirme donde queda.

—Sí, lo sé.

—¿Qué sabe?

—Que eres nuevo —me respondió con igual desagrado.

—Bueno sí, supongo que mi rostro se le habrá hecho desconocido —de nuevo bajo su mirada para seguir limpiando el piso.

—De hecho, tu cara me resulta muy familiar, más de lo que te imaginas. Tienes el mismo rostro del preescolar.

Su confesión me hizo recordar. Era Rosaura, la misma encargada de la limpieza en el preescolar. Entonces entendí su desagrado hacia mí. Cuando niños Matiew y yo le hacíamos la vida de cuadritos en el preescolar. No podía arriesgarme a que la plática se adelantara a más.

—Bueno, ¿podría responderme lo que le pregunté? —le insistí.

—Al final del pasillo a la derecha, hay una puerta que da al patio, y al salir hay un camino que lleva derecho a la oficina.

Hubiera sido mejor que me diera un mapa, pero por lo menos ya tenía una idea de a dónde dirigirme. Caminé hacia donde las instrucciones me lo indicaban, mientras que Rosaura comenzaba a cantar, ahí sola en el pasillo

—No ha cambiado nada —pensé.

Salí hacia el patio y ahí estaba el camino que me llevaría a mi destino. Finalmente llegué a la puerta de cristal con el nombre de oficina principal. Había una mujer detrás, por su aspecto era más amable que Rosaura, me brindó una sonrisa para recibirme.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me preguntó.

—Sí, soy nuevo y necesito mis clases. Tengo entendido que ya deberían de estar listas —le indique.

—Así es Mark, el señor Martín ya se había encargado de eso.

Me sorprendió que supiera mi nombre, pero no era raro, era el huérfano que regresaba a su pueblo de origen. Después de una tragedia como la que yo había pasado, podía imaginar a todos en el pueblo hablando a mis espaldas sobre mi regreso.

—Gracias —miré su bacha para ver su nombre—, Angélica —le respondí.

Salí de la oficina buscando mi primera clase, era Matemática, con Mr. Smith, no había mejor manera de empezar mis clases: odiaba los números. En el orfanato, era la materia con la que más problemas tenía, pero ahora tendría que fingir que me gustaba. El salón era el número 12, y para mi suerte quedaba cerca de la oficina principal. No caminé mucho para estar frente a la puerta. Por la pequeña ventanilla de cristal observé al profesor, se veía como una buena persona, no como la gruñona de la maestra Elvira, que tenía en St. Lucas. Abrí la puerta despacio para no molestar.

–Disculpe —dije.

El profesor me miró y de inmediato me dio la bienvenida.

–Miren nada mas... tenemos a un nuevo alumno, pero que manera de empezar el día. Vamos muchacho pasa —me indicó un pupitre al principio de la fila.

–Gracias —no atiné a decir más.

–¿Y cuál es tu nombre muchacho? —me preguntó. Por fin alguien no sabía mi nombre.

–Es Mark Anderson —contestó un joven al final de el salón. Su aspecto no me agrado del todo. Lucía desfachatado y rebelde. El típico burlón sin nada que hacer en la escuela, más que molestar a los demás.

–Sí, así es me llamo: Mark Anderson —contesté solo para corroborar lo que decía el joven.

–Valla, valla... con que tú eres Mark Anderson, el huérfanode quien todos hablan —me expresó el profesor en un tono sarcástico.

Su comentario me incomodó un poco, para venir de un profesor, pero preferí permanecer callado para no entrar en discusiones en mi primer día de clases. Con esa bienvenida, la clase se me hizo eterna, podía sentir las miradas de todos los ahí presentes sobre mi, sus murmullos llegaban de una manera lenta pero calando a mis oídos. Con esa pesadezllegó la hora del desayuno, me dirigí al comedor para buscar a Matiew. Me senté en una mesa que estaba sola para esperarlo, pero no apareció si no hasta 5 minutos más tarde, parecía buscarme también, levanté mi mano para que me viera y lo hizo rápido.

–¿Cómo te fue en tu primera clase? —me preguntósonriendo.

–¡Genial! —contesté dejando entre ver que no había sido la mejor.

–Vamos anímate... ya mañana será un nuevo día y poco a poco te irás acostumbrando a todo esto... ya verás—tratóde animarme— . ¿Y no vas a

comer? Porque yo me muero de hambre —me indicó.

—Solo si me guías el menú —le respondí.

—Bueno, esto que tienes aquí son vegetales.

Había una fila de toda clase de vegetales en rodajas. Apenas tomé unas cuantas verduras y un pan, para no quedar con el estómago vacío. Noté mucho escándalo en el comedor comparado con el orfanato, allí todos estaban callados porque teníamos la presión de las madres.

—¿Siempre son así de escandalosos? —le pregunté a Matiew, observando a todos lados. Lo pensó para contestarme.

—Por lo general sí... y más, porque falta poco para el Festival de la calabaza—me contestó.

Me dio la impresión de que a él también le agradaba la idea de que faltara poco para la llegada del famoso día de la calabaza.

—¿Qué se supone que se hace ese día? —le pregunté con curiosidad.

—El pueblo entero se vuelca en fiesta. Está la feria y el baile, en el que con un poco de suerte encuentras a una chica.—me dijo.

Para entonces no estaba en mis planes, pero si la suerte me la ponía en el camino, no le iba a dar la espalda. Después de todo tal vez sería lo único que me podría atar a un lugar como Half Moon Bay.

Después del desayuno las clases siguieron normales. El chico de la primera clase seguía haciéndose el gracioso, y yo seguía sin saber siquiera como se llamaba, en esos momentos deseaba sacar toda mi ira con él, pero desde otro punto de vista, solo lo miraba como un joven tratando de convertirse en adulto, y fue entonces cuando recordé un famoso dicho que decía: *un hombre inteligente es aquel que se hace el estúpido frente a un estúpido que se cree inteligente*. Cada palabra que salía de su boca la dejaba pasear por mis oídos y así evitaba problemas, después de todo era el nuevo y en un primer día de escuela, lo último que desearía era un

pleito. Lo único bueno del día pasó en la última clase de historia, al parecer yo no era el único nuevo. Una chica de mi edad, se iniciaba también en mi clase y nos presentarían a los dos al mismo tiempo. Me tope con ella en el pasillo, y desde el principio hubo algo en ella que me llamó su atención y no era precisamente su mística belleza, y es que no se podía describir de otra manera. No era una típica belleza de la zona, si no diferente. Una belleza oscura, solo así se podría definir. Su mirada se clavó hacia mi en una forma de daga. Fue evidente que me estudiaba de pies a cabeza con sus grandes ojos color esmeralda, llegó un momento en que me sentí acosado y me sonrojé.

—Jóvenes, tenemos dos nuevos estudiantes en esta clase; uno es Mark Anderson, supongo que ya varios lo conocen.—me anunció el profesor.

Las miradas cayeron sobre mí de nuevo, por momentos llegué a pensar que si sus ojos fueran escopetas me habrían matado en instantes. Algunos se secreteaban y otros eran mas discretos, fingían no verme, pero lo hacían sin darle importancia. Busqué dónde sentarme lo antes posible. Después siguió la presentación de la otra chica, avanzó muy despacio, pero con mucha elegancia, y pude observar su belleza mas al detalle, lo que más me impresionó en ella, era lo diferente que era a todo lo que se veía por el pueblo. Sus ojos eran grandes y verdes como dos esmeraldas, y su tono de piel era de un blanco puro. Su cabello negro y lacio brillaba como lo hacen las estrellas en la noche. Su cuerpo era excelentemente bien formado y delineado; parecía una modelo de revista. Era muy callada, más bien parecía que estaba enojada.

—Y ella es la señorita Katrina Pavol.—dijo el profesor.

Desde luego, al pasar por los curules, su figura acaparaba las miradas de los ahí presentes. Pero hubo algo que noté desde el principio, ella puso sus ojos en mí, pero mi amigo Matiew los puso en ella y por supuesto también quedo flechado por la misteriosa joven. De ahí en adelante nadie escuchó las palabras del profesor y se dedicaron a observar a la hermosa Katrina. Era como un tipo de hechizo que ejercía sobre todos, y aunque a mi también me parecía hermosa, había algo que no me dejaba verla con tales ojos. No sabía que era, pero quería descifrarlo en ese momento. Para cuando la clase terminó, mi amigo Matiew ya estaba

completamente enamorado, pero la campana sonó y muchos corazones de la clase se rompieron. Katrina se levantó y sin importarle sus admiradores se dirigió hacia la puerta, antes de atravesarla me dio una última mirada como al principio de su presentación. Giré mi cabeza para ver a Matiew y pude captar su mirada perdida y su baba casisaliéndose. Pasé mi mano frente a sus ojos para saber si estaba bien.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté burlándome.

—¿Qué haces?

—Tratando de ver si mi amigo se quedó aquí o se fue tras Katrina —le contesté.

—Es que es increíble, ¿puedes creer que pueda haya tanta belleza en una misma persona?, es hermosa, es perfecta no hay manera de describirla —me contestó encantado por la belleza de Katrina. De regreso a casa, Matiew se dedicó a describirme cada punto del rostro de Katrina, sus ojos, su pelo, su piel, y no se cayó hasta que de nuevo pasamos por mi casa. Pero esta vez si me detuve a mirar de cerca.

—No creo que sea una buena idea —me dijo Matiew.

Pero yo estaba dispuesto a afrontar la realidad y caminé hacia la puerta, conforme subía los escalones que rechinaban por la vieja madera, recordé aquellos pasos que subían a mi cuarto mientras me escondía de aquellos hombres, que se habían encargado de dejarme huérfano.

Una vez en la puerta, traté de abrirla, pero estaba cerrada y no pude entrar. Me acerqué y miré por la ventana, quitando el polvo que la había cubierto por años. Comencé lentamente a distinguir las cosas viejas que se encontraban adentro con la incertidumbre de ver la imagen que me marcó de niño. En ese momento Matiew puso su mano en mi hombro y casi me saca el corazón del susto.

—Es mejor que nos vallamos —me dijo.

—Es difícil, pero algún día tenía que afrontarlo — le contesté.

Estuvimos ahí por algunos segundos, los suficientes para sentirme mejor y tomar una decisión que tomó a muchos por sorpresa. Durante la cena de ese día, decidí hablar con el señor Martín.

—Quería darle las gracias por todo lo que han hecho por mi —le dije.

—No tienes nada que agradecer muchacho, sabes que en esta casa eres como uno más de la familia —me contestó.

—Mark, la amistad que había entre nosotros y tus padre era muy fuerte, y cuando ellos faltaron tú fuiste como uno más de la familia, de hecho hicimos lo posible por adoptarte después de lo que pasó, pero desgraciadamente fue irrealizable me dijo la señora Martín.

—No sabía que habían intentado adoptarme —contesté sorprendido.

—Pues así es, lo hicimos, pero no resultó y por eso terminaste en ese lugar todos estos años, no sabes lo culpable que nos hemos sentido todo este tiempo —dijo el señor Martín.

—No tienen nada de que sentirse mal, lo que pasó tenía que pasar y ya, además me sirvió mucho para madurar —tomé un respiro para poder hablar con ellos—. Y es de eso de lo que quería hablar con ustedes, creo que ya es tiempo de que me independice.

La mesa se quedó en silencio, por unos instantes nadie dijo nada, ni el señor ni la señora Martín, y mucho menos Matiew, que siempre apoyaba mis decisiones. Tuvieron que pasar algunos segundos para que todo volviera a la normalidad, y de nuevo el ruido de los cubiertos golpeando los platos de porcelana, se volvieran a escuchar. Después de este lapso de tiempo, la señora Martín movió sus labios para decir:

—¿Alguien quiere más pollo?

—¡Yo! —contestó Matiew.

Y entonces fue que reaccionaron.

—Bueno, supongo que es una decisión que ya has tomado — dijo el señor Martín y lanzó su mirada hacia la señora Martín, al tiempo que esta se la contestaba

—Después de pensar muy bien las cosas, vivir solo no es fácil Mark, tendrás que cocinar, lavar, y para un joven de tu edad no creo que sean cosas muy agradable de hacer —medijo el señor Martín.

—Lo sé, pero estoy seguro de que son cosas con las que puedo lidiar, además en el orfanato me enseñaron a ser independiente, y sé hacer mis propias cosas —le contesté. —Entonces... ¿es una decisión ya tomada? —murmuró entre los labios.

Sabía que les preocupaba mi bienestar al regresar a mi antigua casa, pero para mi era una necesidad estar ahí y acabar con todos esos fantasmas que me atormentaban, seguía teniendo la idea de que si regresaba a vivir allí, se romperían todos los miedos que tenía, incluyendo el de los lugares cerrados.

—Está bien Mark, será como tú quieras y no me queda más que apoyarte. En el banco tienes suficiente dinero, como para hacer los arreglos que creas necesarios en tu casa, puedes pasar mañana para que retires lo que necesites —me dijo con un tono amable.

Me sentí aliviado, de que al fin hubiera aceptado y el tema quedara en el olvido, no era nada fácil para mí hablar de eso con él.

El día en la escuela comenzó igual que el anterior, solo que con menos miradas hacia mi y más hacia Katrina, que ya no estaba sola. Un chico también nuevo la acompañaba, no era su hermano, porque su aspecto era muy diferente al de ella. Él más bien parecía latino, bien podría llamarse Juan o José. El joven era

alto y musculoso, y no se despegaba para nada de Katrina, sentí mal que pudiera ser su novio por mi amigo Matiew, todos los miraban como avanzaban por el pasillo, como pensando que muy pronto ya había conseguido a alguien, sus pasos parecían calculados, uno a la reacción del otro. Si ella se paraba, él lo hacía también. Me los tope al final del pasillo, una vez más esta me lanzó esa mirada de ojos verdes embrujantes, al igual que lo hizo su acompañante, al traspasarme sentí algo raro en mí, una sensación extraña e inexplicable que en ese momento no le di importancia, y dejé que las dos siluetas negras se perdieran por el pasillo.

El día avanzaba con mucha tranquilidad, parecía que nada pasaba en la escuela, y entre una clase y otra las novedades eran escasas. Matemáticas, Español, Ciencias e Historia, eran el menú del día, contaba los minutos para salir de la clase de Matemáticas. Un problema en equipo me tenía agobiado, la ecuación sobre  $x = y$ , no podía ser peor, en mi equipo estaban Doroti, una chica dulce y muy inteligente, Néstor, un tipo *rockstar* que no se quitaba sus audífonos para nada, y Andrew el más callado que había conocido en la escuela.

Tenía suerte de que Doroti estuviera en mi equipo, ella se encargó de resolverlo todo y yo solo de observarla y reafirmar lo que ella decía, porque prácticamente no entendía nada. Al terminar el problema se le entregaba al profesor y eras libre de irte de la clase, tuve la satisfacción de ser de los primeros en irme gracias a Doroti, que empezaba a tener ciertos acercamientos hacia mí. Al salir de la puerta me alcanzó para hacerme un poco de plática.

—Espera, espera —me dijo con su voz chillante. Corrió tan rápido para alcanzarme, que cuando me di la vuelta se estrelló conmigo y botó todos sus libros al piso, al igual que sus lentes.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, pero disculpa soy una torpe! —me insinuó y sentí lástima por ella.

—No, no digas eso, fue un accidente—le contesté mientras le ayudaba a juntar sus libros. La ayude a ponerse de pie.

—¿Y qué era lo que me querías decir? —le pregunté.

—Nada, olvídalo y gracias por ayudarme con mis libros—me contestó mientras se marchaba.

Me quedé ahí por un momento, preguntándome que sería lo que me quería decir, después me di la vuelta y apareció lo más lindo que mis ojos habían visto hasta ese momento. Era una joven nada común y que no había visto el primer día, tenía el pelo negro, piel blanca y ojos azules como el cielo de Half Moon Bay, caminaba como una gran flor se desliza por un hermoso jardín, sonreía constantemente con sus amigas y parecía ser la única en disfrutar un día en la escuela. Yo estaba allí en medio del pasillo, paralizado con ella, y me concentré tanto en sus movimientos, que no me di cuenta que le tapaba el paso

—Disculpa me dejas pasar —me dijo con la voz más suave que había escuchado.

De inmediato mi cara se puso colorada y no supe que decir, más que quitarme lo más rápido que pude, dos amigas la acompañaban en ese momento. Una era Samanta, la recordaba de la infancia, pero no tanto como para saludarla y menos para preguntarle como se llamaba su amiga.

Durante el *lunch* de ese día, Matiew se acercó a mi muy triste, sus ojos estaban idos y no dejaba de lamentarse por algo, yo me supuse que era por Katrina, pero aún así en mi papel de buen amigo tenía que preguntarle como estaba

—¿Qué te pasa?—le pregunté entonces.

—¡Ya tiene novio! —me contestó mas triste aún, mientras los miraba al fondo de la cafetería.

—¿Quién? —pregunté confundido.

—La chica nueva, Katrina —la señaló con su mano una vez más.

—Pues yo no creo que sean novios, mas bien parece su

guardaespaldas —le dije señalando su comportamiento raro.

—¿Por qué lo dices.— me volvió a preguntar con curiosidad.

—Pues mira como se comportan, él no actúa como su novio. Me da la impresión de que la cuida.

Entonces él los comenzó a mirar, y se dio cuenta de lo que yo ya había notado antes, que la chica me miraba mucho, esto pareció no agradarle a Matiew, que de inmediato comenzó a cambiar su actitud hacia mí. Desde luego que estaba celoso.

—Sí, tal vez tengas razón — me contestó ya con un tono cortante. Después de esto se levantó y se fue.

—Te veo en clase —me dijo.

Entonces las cosas se pusieron peor que antes, mi amigo pensaba que yo quería algo con Katrina, cuando yo destilaba amor por la joven que había visto por la mañana. Me preguntaba que cómo se llamaba, dónde vivía y todas esas cosas, que quisiera saber de ella. Estaba con la mente ida y pensando en su hermosura, cuando me di cuenta de que las miradas de esos dos no cesaban hacia a mi, era como si me conocieran, a pesar de que nunca antes en mi vida los había visto. Trataba de esquivar sus miradas, pero era imposible. Era algo tan fuerte, que incluso tras una ventana podía percibir las miradas, solo había algo que me lograba liberar de aquello tan pesado, y era la hermosa joven que no podía sacar de mi cabeza. Estaba a punto de irme, cuando apareció en la puerta con Samanta, caminaron hacia el frente y se sentaron en la primera mesa cerca del mostrador de comida, para mi suerte me lanzó un mirada pícaro y tierna al mismo tiempo. Era lo más hermoso que se podía ver.

Sabía que no podía esperar como Matiew, a que después ella apareciera con otro guardaespaldas, así que de inmediato me acerqué a ella cuando comenzó a tomar su desayuno. Era increíble cuando tomaba su comida, parecía un verdadero espectáculo de cocina. Me levanté, y de una manera tonta tal vez, me acerqué y me paré frente a ella, había sido más fácil pensar lo que le quería decir

quedecírselo, cuando ya la tenía en frente.

—Hola —le dije con mi voz cortada.

—Hola.—me respondió con una voz tierna y dulce.

—Escucha, quería pedirte disculpas por lo de hace un rato,fui un tonto —le dije sin saber que mas decir, en realidad en ese momento quería que la tierra se abriera y me tragara.

—No te preocupes, soy Layloney — me dijo.

Me quedé mudo ante su presentación, por fin sabía como se llamaba la joven sin nombre.

—Yo me llamo Mark.—le contesté.

—Pues mucho gusto Mark, ¿y no desayunarás algo? — me preguntó notando que ya tenía minutos parado frente a ella y no había tomado nada, y para variar me volví a poner colorado.

—¿Estás bien? —me dijo mientras sonreía como un ángel. Por lo menos para mi lo era. —¿Por qué lo dices?

—Porque te has puesto rojo como un tomate —volvió a sonreír, pero esta vez hizo una pausa. Me dio la impresión de que se había apenado por reírse de mí.

—Debe de ser el calor y la humedad.—le respondí.

Era lo más ridículo que había dicho hasta entonces, puesto que las temperaturas eran de lo más bajas en esa parte de California, ya había terminado de tomar su desayuno, enseguida miró hacia todos lados y preguntó mientras dudaba.

—¿Ya tienes mesa para desayunar?, porque supongo que tomarás algo para desayunar, ¿verdad?

—Sí claro, desde luego.—le contesté rápidamente.

—¿Te gustaría sentarte en mi mesa —señaló su lugar—, bueno no Estaremos solos, mi amiga Samanta se sentará también.

—¡Claro! —le respondí antes de que algo estropeara el momento, y ese algo podría ser yo.

Después caminamos hacia la mesa, había una chica de color que ya estaba sentada, era su amiga Samanta, había otra chica junto a ella, con la cual se secreteaba cuánto mas nos acercábamos. Ya cuando íbamos a llegar la otra chica se retiró y dejó sola a Samanta. Al sentarnos a la mesa Samanta de inmediato me saludó.

—¡Hola! —me dijo y estiró su mano hacia mí.

—¡Hola! — le contesté y respondí a su saludo.

—¿Y cómo has estado?... es decir, no debió ser fácil estar tanto tiempo en un orfanato, ¿verdad? —me dijo en un tono curioso.

—Samanta por Dios.—la regañó Layloney indicándole que el lugar no era apropiado para esa conversación.

—No importa, la verdad es que si es un poco difícil estar en un lugar así —le contesté. —¿Y hay chicos guapos como tú? —me volvió a preguntar Samanta con una risa pícaro.

Afortunadamente para mí, la campana sonó y tuvimos que regresar a clases, en ese momento me sentí como los chicos de salvados por la campana. A la salida encontré a Layloney y le propuse acompañarla a su casa, ella de inmediato aceptó, creí que era un buen comienzo para algo que apenas comenzaba. Pero no podía faltar lo que arruinara el momento, el chico que me había tratado de dejar en ridículo o pasarse de listo en la primera clase apareció ante nosotros. Lucía antipático como siempre, con su tono de voz que solo él se soportaba, Layloney hizo un gesto de desagrado al verlo.

—Ashh...

—¿Qué sucede?—le pregunté.

—¡Es London! —me contestó.

—¿Quién?— volví a preguntar.

—Escucha, no hagas caso de nada de lo que te diga, ni dejes que te haga sentir mal, ¿está bien?—dijo desesperada.

—A dónde vas con este —intentó minimizarme.

—No tengo por que responderte eso, y no deberías de ser tan grosero con Mark—le contestó Layloney intentando defenderme.

—No te preocupes, conozco a las personas como este tipo, les gusta hacer sentir mal a la gente para aliviar sus propios complejos—le dije.

London sonrió y sin pensarlo dos veces me soltó un puñetazo. Caí como un costal de papas al suelo, no me esperaba el golpe tan seco, ni mucho menos que golpeará tan duro.

—¿iQué te pasa imbécil!? —gritó Layloney mientras me ayudaba a levantarme.

Me levanté y contesté del mismo modo, con un puñetazo. Entonces comenzamos a rodar por el suelo, el escándalo fue tanto, que varios alumnos salieron de la escuela y entre ellos Matiew, que de inmediato trató de separarnos, Layloney también lo intentó, pero no pudo hacer mucho contra nuestro salvaje acto de fuerza. Otros amigos de London también nos separaron antes de que llegaran los profesores, y nos metíamos en un problema más grande, Layloney me jaló de la mano para alejarme del lugar.

—Váyanse Mark, si no se meterán en un problema —me dijo Matiew.

Layloney se acercó a London y en su cara le gritó.

—Cuántas veces te tengo que decir que entre tú y yo no hay nada ya, idéjame en paz!

—¡Tú eres mía y de nadie más! ¿Me escuchas?, ¡ya lo verás! —amenazó London.

Layloney regresó a mi, y como para dejarle en claro que lo que hubo entre ellos se había terminado, me tomó de la mano y me apretó fuerte. Sentí como si el dolor del golpe que me había dado London desapareciera lentamente, no me podía imaginar lo que sentiría si ella me besara. El solo imaginar el rosa de sus labios, besando los míos, me sabía a gloria.

Layloney comenzó a jalarme de la mano para alejarme del lugar, London seguía gritando cosas a lo lejos, y yo trataba de hacer como que no escuchaba

—¿Estás bien?—me tocó el rostro con una suavidad que parecía algodón.

—Sí, es eso solo el golpe y ya —le contesté, no quería que se preocupara.

—Pero mira nada mas como te dejó el ojo —seguíatocándome con suavidad.

—Disculpa, se me cae la cara de vergüenza, que hallas sido testigo de algo tan desagradable —le dije y ya mi cara estaba roja.

—London es un idiota y se merecía el golpe que le metiste—comenzó a reír como un ángel.

—¿Viste su cara cuando te le fuiste encima? —me dijo.

—¿Es cierto? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

—A que si tú eres la novia de London.—le dije agachando mi cabeza.

—Claro que no —comenzó a reír de nuevo

—Él siempre ha insistido conmigo, y no niego que al principio me gustaba, pero en cuanto me di cuenta como era...—me contestó y eso me

hizo sentir mejor.

Seguimos caminando por la calle me preguntaba que podía preguntarle para saber más sobre ella, no quería hablar de la pelea todo el camino.

—Y dime, ¿hace cuánto tiempo que vives aquí en Half Moon Bay? —le pregunté.

—Bueno, hace como 10 años —movió sus labios—, creo que llegué poco después de que tú te fuiste —me contestó.

—Entonces supongo que ya sabrás mi historia.

—Así es, pero es algo que a mi no me preocupa, así que no haré preguntas ni nada al respecto —su tono de voz sonó sincera.

—Gracias por ser tan comprensiva —le dije mientras sonreía.

—¿Y qué harás ahora que has regresado? —preguntó.

—Quiero hacer tantas cosas —me rasqué la cabeza al no saber que decir—. Pero una de las primeras cosas es arreglar mi casa y volver a vivir en ella, los señores Martín son muy buenas personas, pero creo que ya es hora de que me independice —le contesté muy seguro de mi mismo.

—Regresar a vivir a tu casa —me contestó como asustada o tal vez sorprendida.

—Sí, se que suena raro, ahí pasaron tantas cosas que marcaron mi vida, pero creo que eso es parte del proceso que debo pasar, para olvidar todo de una vez y por todas —le contesté.

Layloney ya no hizo más preguntas mientras caminábamos, tal vez porque se preguntaba una y otra vez dentro de si, que como era posible que alguien quisiera regresar a vivir a la casa donde asesinaron a sus padres, pero eso solo yo lo sabía.

Al dar vuelta en la esquina de su casa, vimos a los dos jóvenes nuevos de la escuela: Katrina y su guardaespaldas, como comencé a llamarlo. Los miré al final de la calle parados como dos árboles inmóviles.

—Los conoces —le pregunté a Layloney.

—Muy poco, de hecho nunca he cruzado palabra con ellos —me contestó en voz baja. —¿Ya tienen tiempo aquí? —le pregunté.

—Sí como dos meses —me respondió.

Esa confesión me había sonado muy rara, ¿por qué si ya tenían dos meses viviendo en el pueblo, habían esperado tanto para ingresar a la escuela? Al final me salieron más preguntas que respuestas, y dejé el tema en el olvido.

Al siguiente día me sucedió algo que se volvió muy recurrente, y hasta cierto punto preocupante. Empecé a despertar a las 12 y 12 de la mañana, no sabía que significaba eso, pero me empezó a molestar. Varias noches traté de abstenerme a ver el reloj, pero me era imposible, siempre

lo miraba a las 12 y 12, era como si el reloj me tratara de dar una hora de algo, pero no sabía de qué.

Los trabajos de reconstrucción en mi casa comenzaron ese día, el encargado de la obra me dijo que en una semana todo estaría listo para que yo regresara. En la escuela todo iba de maravilla, Layloney y yo pasábamos cada vez más tiempo juntos, y lo único molesto seguían siendo las miradas de Katrina y su guardaespaldas, en ocasiones estuve a punto de ir a confrontarlos y acabar con esa situación de una vez por todas, pero Layloney me detenía.

Ese día pasó algo diferente en la escuela, tres chicos nuevos aparecieron, y estos si eran más raros que los dos primeros, los presentaron en la clase de Ciencias. Sus nombres eran: Ángela, Dimitri y Camila, vestían completamente de negro y sus rostros no eran nada amigables. Ángela era delgada como un espárrago, sus facciones finas y ojos grandes, Dimitri de igual manera era, muy delgado y pelo rubio, Camila era de una estatura muy baja, pero su figura era muy bien formada. Avanzaron por todo el salón hasta la parte de atrás, donde se sentaron, al pasar al lado de Katrina y su guardaespaldas estos intercambiaron miradas, me sentí aliviado por no ser el único al que miraban.

Los instantes pasaban, el profesor no dejaba de hablar y comencé a darme cuenta de algo raro, sus miradas se cruzaban con las de Katrina y su guardaespaldas, en ocasiones todos me miraban a mi, era como si se estuvieran peleando por mi, no podía dejar de ver como sus miradas me observaban en avalanchas. La presión llegó a tanto que mi cabeza comenzó a dolerme, en segundos ya estaba mareado.

—¿Se encuentra bien Mr. Anderson? —me preguntó el profesor.  
—No me siento muy bien, podría ir a la enfermería para que me revisaran? —le pregunté.  
—¡Claro! Por supuesto.—me contestó.

Salí de la clase medio aturdido y sin orientación, solo me dirigí hasta la enfermería sin mirar a ningún otro lado, las manos me sudaban a pesar de que estaban frías. Llegué a la enfermería y estaba una mujer algo pasada de peso, pero muy amable.

—¿Necesitas algo? —me preguntó.  
—Sí —me limpié el sudor de mi frente—, me siento un poco mareado y me duele la cabeza —le contesté.  
—Pasa y siéntate, mientras te tomo la presión.

En ese momento entró Layloney con una cara de preocupación, sus ojos estaban fuera de su lugar.  
—¿Estás bien, que te pasó?  
—Sí, estoy bien, es solo que esos chicos no dejan de fastidiarme con sus

miradas, es obsesivo. Ya no puedo mas —le contesté muy desesperado.

Entonces la enfermera apareció y me dio una pastilla, era muy pequeña y de color amarillo, le lancé una mirada de desconfianza, no me gustaban mucho las pastillas

—Escucha Mark, no crees que estás tomando esto demasiado en serio —me dijo mientras me pasaba la mano por el cabello. Pero yo estaba convencido de que ellos tenían algo conmigo, lo sentía dentro de mí.  
—¿Qué me estás diciendo, que alucino o que soy un neurótico? —le contesté de una manera tonta.

—No claro que no —me dijo apenada.

—Pero lo dijiste —volví a decir de nuevo.

—Claro que no —llevó su mano a su cabeza para lamentarse—, y de hecho no sé qué hago aquí acompañándote —me dijo muy molesta, en respuesta a mi actitud.

En ese momento me sentí muy mal, estaba perdiendo a Layloney antes de conocerla, por fin había conocido a alguien que valía la pena y la estaba dejando ir.

Por la tarde llegué sin ganas de nada a la casa, Matiew notó mi ánimo y de inmediato me cuestionó, aunque no era el tipo de persona que acostumbraba a meterse en la vida de los demás, pero por tratarse de mi era diferente.

—¿Qué te pasa?, estás muy pensativo.

Yo estaba recostado en el sofá, mirando hacia la ventana con la mirada perdida.

—¿A qué te refieres? —tuve que preguntar.

—Es decir, no comiste y llevas horas ahí sentado, supe que fuiste a la enfermería —añadió.

—Fue solo un dolor de cabeza —no quería decirle sobre de las miradas de esos tipos, sentí que podía decirme lo mismo que Layloney.

—Y ese dolor de cabeza, ¿se llama Layloney?—su pregunta fue directa.

—En parte si, me porté como un estúpido con ella en la enfermería, y ahora siento que la perdí. —murmuró moviendo las mejillas, como queriendo regañarme en silencio.

—¿Y piensas quedarte ahí esperando a ver como London la conquista?—su voz sonó mas fuerte y sincera, por primera vez oí a mi amigo de la infancia hablar maduramente.

Me comencé a dar cuenta del gran error que estaba cometiendo, Matiew tenía razón, London solo quería un pretexto para regresar con Layloney, y yo se lo estaba dando, me levanté del sillón de un salto y atravesé la puerta, tenía bien en claro lo que iba hacer. Me dio la impresión de que

Matiew se sonreía solo al verme partir.

## Capítulo 2

### Intentos

Al salir de la casa estaba dispuesto a todo, a cualquier cosa por Layloney, pero al llegar a la puerta de su casa todo fue diferente, me temblaban los pies y las palabras no salían con fluidez, me preguntaba si ella quería hablar conmigo, toqué de una manera que sonara educada. Tardaron algunos segundos en abrir la puerta, apareció un hombre algo mayor, por su cara se veía que no estaba muy contento, me dio una mirada que me puso la piel de gallina.

—¿Puedo ayudarlo en algo?—me preguntó de manera muy seca.

—Sí, estoy buscando a Layloney.— contesté con mi voz cortada. Y de nuevo frunció su boca.

—Espera un segundo —me contestó.

Me di la vuelta para esperar y él cerró la puerta, pasaron algunos segundos y entonces escuché el ruido de una persona que bajaba, me puse nervioso y mi corazón comenzó a latir, se abrió la puerta y ahí estaba con su luz decasi magia, me miró como esperando que hablara, pero no podía decir nada; estaba paralizado. Al darse cuenta de mi estado, ella tomó la iniciativa.

—¿Si? —preguntó. Enmudecí por algunos segundos.

—¿Cómo estás?—atiné a decir.

—Es algo que a ti no te concierne —me contestó.

—Escucha, sé que estás molesta conmigo y tienes razón, me comporté como un estúpido, pero es que tienes que entenderme —supliqué.

—¿Entender qué? —sus ojos saltaron de su lugar—, que estuve ahí contigo

preocupada y tú me trataste como si te estuviera haciendo daño.

—Si lo sé, y te pido disculpas —no sabía que más decir.

Entonces hice lo impensable. Me abalancé sobre ella y la besé como nunca antes lo había hecho con otra chica, sentí la calidez de sus labios, y la suavidad de sus manos, segundos atrás pensaba que no quería saber nada más de mí, pero ahora todo había cambiado, podíamos ser una sola persona.

—¿Por qué hiciste eso?—me preguntó con su voz aún cortada por el aliento que perdió en el beso.

—No lo sé, supongo que porque necesitaba hacerlo. Nos miramos fijamente por algunos instantes como si nos comunicáramos con la mirada, como si ella viera lo que yo pensaba y yo de la misma manera.

—Te amo Layloney y no quiero perderte, por una estupidez como la de la mañana —le dije arrepentido mientras acariciaba su cabello lacio y fresco.

—¿En serio me amas?—parecía no creerlo.

Pensé en gritar en medio de la calle que la amaba, para así convencerla, pero el solo recordar el gesto de su padre, supuse entonces que no sería la clase de espectáculo que le gustaría ver por una persona que estaba enamorado de su hija. Enseguida le tomé su mano y la besé, sentí el temblor de sus nervios al acercarme.

—¿Quieres ser mi novia?—pregunté sin verla a sus ojos. Me tomó de la mejilla y me levantó la mirada hacia ella.

—¿Me puedes preguntar de nuevo, pero ahora mirándome a los ojos?—me dijo muy tiernamente.

—Claro —sonreí—, ¿quieres ser mi novia? —le volví a preguntar.

Esperaba su respuesta con ansias, pero no respondió nada, se abalanzó sobre mi de la misma manera que yo lo había hecho primero y me dio un beso.

—Tomaré eso como un si —le respondí.

Después de ese día todo fue diferente y hasta podríamos decir que la felicidad había llegado a mi vida, por alguna razón Katrina y su guardaespaldas se habían marchado, no creía que fuera para siempre, pero por lo menos me habían dejado disfrutar el comienzo de mi noviazgo con Layloney. Constantemente Matiew y yo revisábamos los trabajos en mi casa, para verificar que todo estuviera bien, en una ocasión de tantas, nos encontramos con Katrina, que por primera vez estaba sola

—Ya regresaron —murmuré a Matiew, antes de rozar nuestras siluetas con ella.

Matiew siempre había tenido la duda de por qué ella nunca lo saludaba, a pesar de tenerlo en tantas clases, aunque eso no era raro, ya que Katrina nunca saludaba a nadie pero era obvio que Matiew por estar enamorado de ella lo sentía más.

—¿Hola Katrina como estás? —dijo Matiew con voz asustada.

Katrina solo lo miró y bajó su ojos para seguir caminando, pero Matiew no se daría por vencido y siguió insistiendo, se fue tras de ella y se plantó frente a frente.

—Escucha, he hecho de todo para que me pongas atención, te he tratado con amabilidad, soy cortés, ¿qué más quieres para que por lo menos me

saludes? —dijo con desesperación.

—Hola —respondió Katrina dejándonos perplejos a los dos, con tan sorpresiva respuesta. Y así como contestó se marchó.

Matiew volteó y me miró, pero yo no supe que decirle.

—¿Me contestó? —me dijo en shock.

—Creo que si —le contesté mientras sonreía.

Seguimos caminando hasta su casa, cuando llegamos su padre el señor Martín se encontraba sentado en la sala con una cara desencajada, como si algo hubiera pasado, la señora Martín se me acercó y me puso la mano en la espalda.

—Necesitamos hablar contigo— me dijo con una voz quebrada.

—¿Qué sucede? —le pregunté de inmediato y mi corazón comenzó a latir de prisa. —Hace algunas horas llamaron de las oficinas de St. Lucas. Al parecer hubo un incendio y hay muchos muertos y heridos —me quebré por dentro al escuchar eso—, entre los heridos está la madre Rochelle y está muy grave. Pidió hablar contigo.

—Es tu decisión si quieres ir—me dijo el señor Martín.

Me quedé sin palabras, no sabía que contestar. Dentro de mí quería ir, porque yo realmente estimaba a la madre Rochelle, después de todo, ella había sido la única persona que me había dado su cariño en el orfanato. Pero por otro lado estaba Layloney, lo nuestro acababa de comenzar e iba viento en popa, pero no lo pensé mucho. Al final solo pude decir:

—Sí; iré.

De inmediato arreglé todo para el viaje. En minutos ya estaba listo para salir al aeropuerto, y entonces miré el reloj para confirmar la hora; eran las 10:15 de la noche, mi vuelo salía a las 10:45, tenía casi media hora para llegar. Mientras me dirigía al aeropuerto le marqué a Layloney, para explicarle lo de mi repentino viaje, me contestó al tercer tono.

—¿Mark?, ¿qué pasa estás bien? —me dijo con voz asustada, quizás por lo tarde que era.

—Sí, no te preocupes estoy bien, pero te llamaba porque tendré que salir por unos días, hubo un accidente en el orfanato donde estuve, y tengo que ir a ver como está todo, pero cuando regrese te cuento en más detalles, solo quería que supieras que te tomo en cuenta para todo lo que hago.

—Eso es muy lindo de tu parte. —me contestó con su voz angelical.

—Te amo, ¿sí?, nunca lo olvides.

—Yo también te amo —me contestó.

—Ahora ve a dormir, no quiero que tus padres te regañen por mi culpa —sentí que sonrió de la manera mas linda.

—Está bien, cuídate y llámame en cuanto llegues ¿sí?

—Sí, así lo haré, bye.

—Bye, besos... —y colgó.

Cuando aterrizó el avión, lo primero que hice fue dirigirme a St. Lucas, para darme cuenta del gran daño causado, era increíble creer que había sobrevivientes. El lugar estaba hecho cenizas, los grandes murales que un día habían albergado a St. Lucas estaban en el suelo. Podía imaginarme a las grandes lamas arrasando con todo a su paso. Me quedé un rato observando, había algunos policías y bomberos aún en el lugar, y las cintas amarillas estaban por todos lados.

—¿Va a ir a otro lado señor? —me preguntó el hombre del taxi.

—Sí, solo espere un poco.

Salí del taxi y giré mi cabeza de nuevo hacia la escena. Me acerqué un poco más a los escombros para poder observar mejor. Conforme me acercaba, me daba cuenta de la magnitud de los daños. El olor a madera quemada reinaba por doquier, aún salía humo en algunos rincones, había dos policías hablando del incidente y por lo que pude entender, se sospechaba de que hubiera sido provocado por alguien, me quedé perplejo al escuchar eso, como podía alguien hacer algo así, intentar acabar con la vida de inocentes como los niños y jóvenes que vivían en St. Lucas, y el solo pensar que si yo no hubiera salido de allí, en estos momentos hubiera sido uno más de las víctimas.

—Disculpe, ¿a qué se refiere con que esto fue provocado?—le pregunté al oficial.

—Esto no es de tu incumbencia muchacho —me contestó tajantemente.

—No, es que usted no entiende, yo vivía aquí y solo hace algunos días que salí, ¿no entiende que pude haber sido víctima de esta atrocidad —le volví a decir con enojo.—Escucha muchacho, tú no debes de estar aquí, esta es una zona resguardada —me señaló el lugar en ruinas—, lo mejor es que te vayas.

Entendí las palabras del policía y me regresé al taxi, a continuación le indiqué al hombre que nos marcháramos, y le di la dirección del hospital donde se encontraba la madre Rochell. Me pregunté una vez más, que tan grave estaría la madre, o si solo sería algo de lo que no había de preocuparse. Al llegar al hospital me dirigí hacia la recepción, me atendió una joven pasada de peso, pero con una sonrisa encantadora.

—Buenos días —me dijo de recibimiento.

—Buenos días —contesté del mismo modo, aunque un poco más serio, el viaje me tenía cansado

—Estoy buscando información de una Madre que estuvo involucrada en un incendio en St. Lucas, aquí cerca.

—Si lo sé, fue una tragedia, y de hecho si hay una monja que fue traída aquí ayer por la noche —comenzó a buscaren la computadora—. Está en el cuarto 13 del segundo piso—me dijo y me señaló el elevador.

—Gracias.—le contesté.

Comencé a caminar despacio hacia el elevador hasta llegar a él, estaba cerrado y me tomó unos segundos esperar que abriera, escuché el sonido y el foquito se prendió en rojo. De inmediato quise entrar y no me percaté de que un hombre salía primero, me topé con él sin querer. Enseguida levanté la cabeza para pedir disculpas, y noté lo raro que era, su mirada de un brillo interesante y también su larga cabellera. Era alto y el color de su piel mezclado.

—Disculpe.—le dije.

—No te preocupes.—me contestó.

Su voz me sonó mas misteriosa que su apariencia y hasta cierto punto familiar, pero no le di mucha importancia al asunto y subí al elevador. Fue muy rápido, en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en el segundo piso. Comencé a contar los cuartos, mientras pasaba por familiares de los afectados, las caras de dolor y angustia eran evidentes. Traté de caminar más rápido para evitar ver esos ojos hundidos y llorosos.

Cuando llegué al cuarto 13 me temblaba la mano al abrir la puerta, no sabía en que estado se encontraba la Madre. Abrí el cuarto estaba casi oscuro, no me atrevía a avanzar más allá de la puerta.

—¿Mark eres tú? —dijo su voz cansada, tal vez de tanto gritar del dolor.

—Madre sí; aquí estoy, tal y como me lo pidió —le contesté.

—Ven Mark no tengas miedo —su voz se cortó—. Necesito hablar contigo,

acércate por favor.

Me acerqué a ella con un poco de miedo, por la oscuridad del cuarto no distinguía su rostro muy bien, pero al estar frente a ella me di cuenta de que era como una momia. Estaba completamente vendada, de pies a cabeza, la sangre de las quemaduras se hacía presente en gran parte de las vendas blancas. Me quedé mudo, no sabía que decir; si preguntar cómo se encontraba, cuando era evidente la gravedad del asunto.

—Mark —intento adivinar dónde se encontraba mi rostro. Me dio tristeza verla así.

—Debes de sentirte afortunado de no haber estado en St. Lucas al ocurrir esta tragedia —dijo una vez más con la voz cortada.

—Por favor Madre no diga eso. —le murmuré.

—El hecho de que tú no hubieras estado ahí, no fue una casualidad, si no algo arreglado —su voz se seco aún más y comenzó a toser.

—¿Madre, está usted bien? —me alteré.

—Tú eres alguien especial Mark, y hay mucha gente tras de ti, principalmente ellos —dijo y pude sentir el miedo en su voz.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —le pregunté.

—Esos seres malignos, que no descansarán hasta verte de rodillas para que no...

Comenzó a toser más y más, no podía escuchar lo que decía, las máquinas comenzaron a sonar y quise levantarme a pedir ayuda, pero ella se abalanzó sobre mi para decirme algo al oído: «Alexander». Y calló. En ese momento entraron las enfermeras y un doctor.

—¿Qué sucedió? —preguntó el doctor.

—No sé, me estaba contando algo y de pronto se alteró—le contesté.

Me hice hacia atrás para que ellos la pudieran revisar. Entonces el doctor me dio esa mirada inconfundible, frunció los labios y en pequeño los ojos.

—Lo siento, pero acaba de fallecer —me dijo entre murmullos.

No sabía si llorar o que hacer, la Madre Rochell, era como una segunda madre para mí y la había perdido. Salí del cuarto desconcertado, sin saber a dónde ir, caminé por un buen tiempo sin saber por dónde, pero eso me ayudó a tranquilizarme. Ya llegada la noche, encontré un lugar para descansar y dormir. El funeral de la Madre Rochell tardaría días en llevarse a cabo, así que solo llevé unas flores al día siguiente hasta la casa de sus familiares, para después marcharme hasta el aeropuerto. Se suponía que mi vuelo saldría a las 3 de la tarde, pero se demoró hasta las 3:30. La espera de media hora se me hizo una eternidad, comenzaba a extrañar a Layloney. Ni siquiera le había mandado un mensaje para ver como estaba, ni para avisarle que había llegado, pero estaba tan cansado, que decidí esperar mejor a llegar a casa para hacerlo. Finalmente abordé el avión y me sentí aliviado de dejar atrás tanto dolor.

## Capítulo 3

### Visiones

La luna ya iluminaba todo el pueblo cuando llegué a casa, abrí la puerta despacio para no hacer tanto ruido, no me habían ido a recoger al aeropuerto porque pensaban que permanecería más días en Canadá, pero yo estaba que me moría por regresar. Matiew aún estaba despierto y me sorprendió porque él nunca se desvelaba, estaba parado en la ventana mirando fijamente hacia la calle.

—¿Qué haces? —le pregunté curioso.

—No te sentí llegar, ¿por qué no avisaste que regresarías hoy?—me dijo mientras continuaba mirando por la ventana —, yo podría haber ido por ti— me respondió sin aún contestar a mi pregunta.

—Fue muy rápido todo y no quise molestarlos.

—Sabes que no es molestia Mark, ¿y qué pasó con la Madre?.

—La madre murió casi después de que llegue al hospital—solo así volteó a verme.

—Lo siento mucho, mi madre me habló de lo que esa mujer significaba para ti, pero por lo menos pudiste hablar con ella, ¿no?

—Sí, aunque no entendí mucho lo que quería decir... ¿pero qué tanto miras a la calle? —volví a preguntarle.

—Desde ayer he observado que los tipos nuevos de la escuela se paran en la calle—me señaló para que los viera.

—¿Quién Katrina y su guardaespaldas?

—No, los otros que acaban de llegar —me contestó.

Entonces los vi parados en un árbol, eran Camila y Ángela, Dimitri estaba sentado en el piso. Parecían estatuas inmóviles, estaban solos, con

la mirada perdida sin mirar a ningún lado.

—¿Qué crees que hagan? —me preguntó.

—No lo sé —le respondí.

Ese instante fue suficiente para que desaparecieran en un abrir y cerrar de ojos, ya no estaban ahí

—¿A dónde se fueron? —pregunté. Pero Matiew se quedó igual que yo de sorprendido.

Recordé que no había llamado a Layloney, y di un gran salto para buscar mi teléfono, le marqué lo más rápido que pude, y me contestó con un desagradable pero justificado.

—Gracias por avisarme a tu llegada.

—Perdóname, la verdad es que estaba muy cansado y el estrés del viaje me tenían sin poder pensar en nada, por eso no te llamé hasta ahora, pero te tengo una sorpresa —le dije.

—¿Qué sucede? —me contestó con un tono diferente.

—Ya estoy en casa de nuevo —le contesté.

—¿En serio?, ¿eso quiere decir que ya mañana te podré ver en la escuela.

—Así es, aunque estoy aún muy cansado pero haré lo posible por ir.

—Entonces te veré mañana ahí, ¿está bien? Te dejo que mis padres estén por venir.

—Está bien, te quiero mucho —le susurré.

—Yo también. Buenas noches —me dijo.

—Buenas noches —le respondí.

Por la mañana recibí la noticia que había estado esperando, por fin me entregarían la casa terminada, y me podríamos mudar. El señor Martín me miró muy triste aunque para mi la noticia era motivo de felicidad, y no era que los Martínse portaran mal conmigo, pero yo necesitaba mi privacidad.

—Ayer me entregaron las llaves de la casa, ya está todo listo para que te muevas, solo faltan unos detalles que me imagino tú querrás arreglar con el tiempo —me dijo con la voz quebrada la señora Martín como en un susurro, me dio la impresión de que lloraría.

—Mark —continuó diciendo—, sabes que siempre seremos tu familia y que las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti.

Quiso sonreír y al mismo tiempo lloraba, se apresuró para darme un abrazo. Me sentí mal por ellos, después de todo se habían portado como una familia para mi, como la familia que nunca había tenido. No supe que decir, más que agradecer su hospitalidad durante mi estancia en la casa de los Martín. Pude saber lo que se sentía comer en familia y que tu mamá te hiciera el desayuno.

Ya todo se estaba solucionando para que volviera, pero antes tenía que arreglarla situación en la escuela. Los chicos nuevos me tenían cansado con sus miradas, estaba dispuesto a acabar con esa situación de una vez por todas ya no permitiría más acoso hacia mi persona, y aunque Layloney me rogaba que no lo hiciera, ya no tenía vuelta atrás, al salir de la última clase le pedí a Matiew que me dejara partir solo porque tendría un encuentro con Layloney, el bromeó como siempre y se fue riendo y haciéndome burla. Me retiré poco a poco hasta los arbustos que había a la salida para esperar a que salieran. Pasaron algunos minutos para que saliera Katrina con su silueta arrasadora y cara desencajada, su guardaespaldas la seguía como siempre con su mismo rostro y mirada brillante, se introdujeron en el bosque con un rumbo desconocido, solo los dejé avanzar poco para no perderles el paso, por momentos me daba la impresión de que avanzaban de una manera inalcanzable, pero cada vez que los lograba ver de cerca, sus rostros parecían estar intactos; sin cansancio alguno, sin embargo yo lucía cansado y desgastado.

Seguí tras de ellos hasta llegar a la playa. Ella se paró primero, se detuvo lo mas cerca que pudo del agua, en el punto donde la ola llegaba a la arena y se regresaba, ese donde los papás acostumbran a poner a sus hijos de niños y los dejan jugar por horas. Me mantuve tras un árbol sombrero, esperando que hicieran algo raro, pero no sabía que tan raro debía ser para que se considerara raro, solo se mantenían viendo hacia el horizonte, respirando el aire fresco y sintiendo la brisa fresca del mar en sus rostros.

Por al menos una hora estuve ahí esperando, pero la desesperación me ganó y salí. Caminé hacia ellos lentamente, pensé que se darían la vuelta para decirme algo, pero no lo hicieron, a pesar de que me encontraba a algunos pies de distancia. No se preocuparon y siguieron en sus puestos como al principio

—¿Qué es lo que quieren de mí?, ya estuvo bien de acosos, ¿no creen? —les dije con un tono molesto. Pero ellos no respondían nada en lo absoluto.

Esa actitud de querer ignorarme, me sacaba de mis casillas aún más. Estaba a punto de explotar, mi sangre hervía y mi mejilla rechinaba de tanto apretar mi mandíbula, en ese momento Katrina se volteó y me miró fijamente a los ojos.

—Tú no entiendes nada —me dijo muy seria.

—Exacto, no entiendo nada y por eso me encantaría que me lo explicaras —le contesté un poco mas calmado.

—No podemos hablar contigo aquí, no es el momento ni el día —me respondió y yo sonreí de manera sarcástica.

—No es el momento para hablar, pero si para que me acosen. Tengo una vida, y con ustedes ahí todo el tiempo me es difícil vivirla —finalicé.

Se mantuvieron callados. Su guardaespaldas giró su cabeza hacia la derecha y frunció su cara, fue de las primeras veces que vi una expresión diferente en su rostro, se debió a que los otros

chicos nuevos se acercaban por la otra orilla, caminaban de manera alineada, Ángela la más delgada caminaba al frente, le seguía Dimitri y atrás Camila. Parecía que Ángela comandaba el equipo. Dimitri informó a Katrina de lo que sucedía tocándola por la espalda. Katrina me miró fijamente.

—Vete de aquí —dijo rápido.

—¿Por qué? — le pregunté. Se me acercó y me volvió a decir—, escucha, si quieres que te diga lo que pasa vete y después hablaremos contigo, pero ahora vete —insistió con voz alterada.

Sus palabras fueron tan fuertes, que no me quedó más que alejarme poco a poco del lugar, pero dejando en claro que en la primera oportunidad que tuviéramos aclararíamos todo. Caminé de regreso a casa con mi mente colmada de preguntas sin respuestas. Conforme me alejaba, observé como los tres jóvenes se acercaron a Katrina y a su guardaespaldas. Me detuve por algunos segundos para después seguir mi trayecto, tenía pensado seguir a casa, pero me desvié en la primera calle que encontré, camine apretando mi mano lo más fuerte que podía, algo dentro de mí me hacía ponerme muy molesto, pero no era el hecho de haberme encontrado con esos chicos raros y no haber resuelto nada, sino algo más profundo, pero en ese momento no tenía explicación alguna.

Caminé mucho, sin ver a dónde y cuando levanté la cabeza, me encontraba en medio del bosque. La tarde caía y el sol se iba con ella, un aire fresco comenzó a soplar acompañado de un silencio relajante, avancé algunos pasos, por lo menos para hacer un poco de ruido, el sonar de las hojas secas funcionó muy bien. Un ruido llamó mi atención detrás de unos arbustos, sonó como una gran rama seca que se quebraba, torcí mi cuello con tal rapidez que lo escuché tronar.

—¿Quién está ahí? —pregunté con voz baja, pero no hubo contestación.

Me preguntaba si acercarme o no, para observar más de cerca. Los latidos en mi corazón eran fuertes, pero la adrenalina que corría por mi sangre en esos momentos me hizo seguir, me acerqué paso tras paso, la obscuridad

que reina debajo de un árbol cuando el sol casi se ha desvanecido se hizo presenté, una vez frente a al gran arbusto, estiré mi mano para comenzar a remover y poder observar de que se trataba, pensé que encontraría un ave o algo por el estilo, pero no fue así, en su lugar dos grandes ojos rojos se abrieron, mi respiración se cortó y retrocedí lo mas rápido que pude, tropecé y caí sentado, pero eso no me hizo detenerme, seguí retrocediendo así, en el suelo, los grandes ojos comenzaron a levantarse pero no quise ver mas, me levanté y corrí tan fuerte como pude. Las ramas pegaban en mi rostro causándome pequeños rasguñones, no me di cuenta por cuanto tiempo corrí, pero no me detuve hasta ver las luces de la primera tienda que encontré. Meparé a causa de la fatiga.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el hombre de la tienda al ver mi estado de alterado.

Pude escuchar su voz como si fuera un sueño. El hombre sacó una botella de agua y me dio un poco, me calmé después de algunos minutos de haber dejado de correr.

—¿Qué pasó trataron de asaltarlo? —me volvió a preguntar. Pensé en decirle lo que realmente había pasado, pero tuve miedo que me tomara por un loco y no me creyera.

—No —le dije y respiré profundo, para poder pensar bien lo que le diría.

—Salí a caminar un poco en el bosque y me perdí, la noche se vino muy pronto y corrí para encontrar el camino.

—¿Eres nuevo aquí verdad? —me puso la mano en el hombro.

—Así es —le contesté para dar fin a las preguntas.

—Pues no deberías salir al bosque a estás horas, es un lugar muy oscuro, hay toda clase de animales peligrosos —me advirtió muy seriamente.

Le di las gracias y me fui alejando, caminé hacia la casa de los Martín lo más rápido que pude. Era demasiado tarde y supuse que los Martín deberían de estar muy preocupados, no era normal que yo me tardara tanto. Comencé a preguntarme por qué no me habían llamado aún, tomé mi teléfono y entonces supe el por qué; estaba apagado por falta de batería. Renegué en silencio para que nadie me

oyera dentro de la casa, al entrar traté de no hacer ruido, pero no sirvió de nada los señores Martín estaban en la sala con la cara muy desencajada, la mirada de la señora Martín se exaltó al verme.

—¡Mark! ¿Dónde has estado? —miré como su barbilla cambiaba de color—, estábamos muy preocupados —me dijo.

—Lo que pasa es que salí a caminar al bosque y me perdí—volví a dar la misma excusa para salir del problema y volví a excluir la versión de los ojos rojos para no levantar sospechas.

Pensé que el señor Martín explotaría al no decir nada por algunos minutos, pero no lo hizo.

—Discúlpenme, en serio no volverá a pasar, fue una estupidez mía irme al bosque sin conocerlo bien.

No encontré otra excusa para lo que había pasado. Subí las escaleras con toda la pena del mundo encima, y el señor Martín seguía sin decir una sola palabra, estaba a media escalera cuando lo escuché murmurar, pero no distinguí lo que decía, se oía preocupado. Sentí alivio al pensar que no estuviera molesto, si no preocupado.

Cuando llegué al cuarto, Matiew ya estaba por dormirse.

—¿Olvidaste el viaje de biología al bosque, verdad? —me dijo entre dormido.

A la mañana siguiente habría un viaje al bosque con el profesor de biología y lo había olvidado totalmente. Me lamenté por haberlo olvidado y de inmediato comencé a preparar todo, incluyendo los libros que necesitaría. Al final estaba tan cansado, que me quedé dormido profundamente.

Sentía caerme en un gran agujero negro, hasta llegar a un fondo nítido, donde no se veía nada, pero de repente, aparecieron los grandes ojos rojos que había visto en el bosque. Eran tan reales como la primera vez que los había visto, de igual manera no les distinguía una figura a la que pertenecieran, se elevaban y me rodeaban de tal manera, que no me dejaban salir cada vez que quería correr para escapar. Entonces noté algo; de esos ojos salía humo o por lo menos eso era lo que creía ver. El ruido del despertador me levantó a las 6:30, mis ojos aún continuaban con sueño y un rayo de luz muy fuerte y caliente entró por la ventana, golpeando exactamente en el sofá cama en que dormía.

Me levanté un poco emocionado por el viaje, y no exactamente por eso, si no porque pasaría el día con Layloney, pero también era un día bueno, desde que había llegado a Half Moon Bay, no hacía más que estudiar y tener preocupaciones. Por fin pasaría un día libre de estrés. Enseguida Matiew se levantó y corrió para ganarme el baño, sonrió al hacerlo por su acción de ventaja, no me quedó más que esperar en el sillón unos minutos. Deslicé mi mano por mi cabello mientras miraba el techo del cuarto pintado de blanco, adornado con póster del Real Madrid, el equipo favorito de Matiew.

—¿Qué harás después del viaje? —dijo una voz que se confundía con el ruido de la regadera. Pensé un poco...

—No sé, supongo que pasaré a dar una vuelta a mi casa, para ver como está y darme una idea de como reorganizar todo —le contesté con voz aún adormitada.

—¿Quieres que te ayude, o prefieres ir solo? —volvió a preguntar. A pesar de que me gustaba ir a la casa solo, esta vez era diferente; me gustaría tener compañía. Pensé...

—Claro que me gustaría que me acompañes, daremos un recorrido para recordar viejos tiempos, ¿te parece? —le propuse.

Ya habían pasado más de 15 minutos para cuando Matiew salió de bañarse, el reloj avanzaba y no perdí tiempo, di un salto del sillón y ya estaba agarrando mi ropa para empezar a bañarme.

## Capítulo 4

Plumas negras

Para las 7 de la mañana, ya estábamos listos para el viaje. Llegamos a la escuela y ya una muchedumbre de estudiantes locos, corrían por todos lados. De inmediato comencé a buscar a mi razón de ir a ese viaje, estaba sentada junto a Samanta. Se veía como siempre, radiante y sonriente. El brillo de su pelo combinaba perfectamente con su blusa blanca y falda azul, me sonrió a lo lejos y se me hizo el día. Me sonrojé al ver su acción, y a lo lejos las burlas de los demás se hicieron presentes.

—¡Basta tontos! —dijo un grito medio burlesco.

—Déjalos es por envidia.

—¿Envidia? —sonó confundida.

—Pues de tener a la novia más bella de toda la escuela, es mas de todo el pueblo —le reafirmé.

Su sonrisa volvió a aparecer una vez más. Me encantaba verla sonreír, mi corazón se derretía cada vez que la veía.

—Bien chicos, ¿están listos para pasar un excelente día entre fauna y especies exóticas? —preguntó el profesor con tono jocoso, al saber que no veríamos más que grandes pinos verdes y ardillas. Enseguida comenzamos a subir de uno por uno a los autobuses, que lucían como dos grandes latas de atún. Ya no había espacio para nadie más, y los estudiantes nuevos no llegaban. La hora de partir llegó y nos tuvimos que ir sin ellos, por supuesto que ha nadie extrañó la ausencia de los raros.

Mientras los autobuses avanzaban entre los árboles, el bosque se tornaba tenebroso y oscuro, como un cuento de terror en el que aparece un

asesino y acaba con todos los estudiantes. Mis nervios se comenzaban a exaltar, algo en el ambiente me hacía mal, aparte de que los lugares cerrados me daban claustrofobia, y estar en ese autobús con más de 50 alumnos, era un delirio para mí. Layloney estaba maravillada con el paisaje y constantemente me hablaba para enseñarme algo nuevo que había visto, pero mi estado de malestar me impedía ponerle atención.

—¿Qué te pasa estás muy distraído —su voz sonó preocupada.

—No te preocupes, es solo la altitud —le contesté sin poderle decir acerca de mi claustrofobia a los lugares cerrados.

Pasé un trago de saliva para poder tomar aire. Poco tiempo antes de llegar a nuestro destino, las cosas se pusieron peor empecé a perder el sentido de la realidad. Sus caras se deformaban, sus voces eran como las ecofonías que se graban en los aparatos que cazan fantasmas, pero al final de todos, había una sombra muy grande no se movía, pero era obvio que las figuras que veía la respetaban. La sombra era de un hombre muy alto con una capa negra, este empezó a caminar hacia mí lentamente, yo trataba de verle el rostro pero no podía por más que lo intentaba, entonces la temperatura decayó impresionantemente. El frío me invadió de pies a cabezas, temblaba como una mesa tras un temblor, pero una vez más la dulce voz de Layloney me salvó de aquel delirio, cuando el hombre de negro estaba a punto de tocarme con sus manos.

—¡Mark, Mark, Mark! —me decía Layloney y entonces desperté, y ahí estaban todos mirándome como si estuvieran en una sala de operaciones. Todos estaban alrededor mío; el profesor, Layloney y Matiew.

—Estás bien —me preguntó Matiew.

Me quedé mudo, traté de contestar pero no pude, mi garganta estaba seca. Me sentía muy mareado, pero por raro que pareciera, el frío había desaparecido y entonces me di cuenta de que las temperaturas estaban tan altas, que era imposible que me diera un frío como el que me había dado segundos antes. Para cuando logré ponerme de pie, y todos los alumnos habían bajado del bus, y solo esperaban a que yo me recuperara para poder comenzar con la

expedición. London comenzó a hacer caprichos por mitardanza.

—¡Ya se compuso la princesita! —exclamó con sarcasmo. Layloney lo miró y frunció sus labios para expresar su descontento.

Finalmente ya estábamos listos para el día de expedición, que no era más que un pretexto para salir de los aburridos salones de las clases. Que podía importarles la naturaleza a un montón de estudiantes en pleno desarrollo. Independientemente de como me sentía yo, el día pintaba para ser genial, hacía un sol esplendoroso, y el clima era agradable, el verde de los árboles no podía ser mejor. En algunas partes los árboles crecían tanto que te hacían sentirte dentro de la película de Jurassic Park, en zonas como esas, el sol no lograba llegar hasta el piso y daba la sensación de un nublado en una tarde de terror.

Mientras Layloney y yo platicábamos, Matiew y Samanta discutían por cosas, como quien era mejor en la clase de Ciencias y quien comía más pastelillos el día del pastelillo, que se celebraba en una semana. Total, ellos siempre estaban así, discutiendo por cosas que no valían la pena, pero al final era divertido verlos. Tras minutos de estar caminando Layloney me comenzó a apretar la mano mas fuerte, de una manera que nunca lo había hecho, entonces la miré

—Tengo miedo —me dijo con voz asustada.

—¿Miedo de qué? —le pregunté.

—No sé, es una sensación que ha entrado a mi cuerpo de repente —me respondió.

—No te preocupes, mientras yo esté a tu lado nada te pasará, para eso estoy yo aquí, para cuidarte.—le dije tratando de confortarla. Entonces le di un abrazo y la besé en su cabeza para hacer más romántico el momento.

Mientras caminábamos, llegamos a uno de los puntos oscuros donde el sol no llegaba por la altura de los árboles, y como para hacer más tenebroso el momento todos gritaban asustando a las jóvenes, que eran más asustadizas que los hombres. El momento era ideal para abrazar a tu chica si la tenías, en mi caso era mi momento. Pero en ese instante, se

comenzaron a escuchar algunos ruidos raros que venían de arriba, algunos levantaron su cabeza para ver de qué se trataba. Había cientos de cuervos parados en las copas de los árboles, todos mirándonos. Era muy raro, porque normalmente las aves se miran entre ellas, pero esta vez no, lo hacían fijamente hacia nosotros, como si esperaran por cazarnos o algo así. Los cuervos eran grandes y con ojos muy rojos, que podían casi brillar entre la oscuridad.

La sensación de sentirse acosados por esos ojos, hizo que muchos se callaran y comenzaran a avanzar más lento. Nadie quería que aquellas cosas negras se molestaran, pero no fue suficiente, de pronto un cuervo saltó, como dando la orden y los demás le siguieron. Se abalanzaron sobre nosotros como si fuéramos comida para ellos, la histeria se soltó y todos comenzaron a correr.

—Vamos son solo cuervos, ¿qué podrían hacer? —dijo uno de los estudiantes que jugaba en el equipo de la escuela.

Entonces un puñado de cuervos se abalanzaron sobre él, los demás cuervos que se podían contar por decenas, también se fueron al ataque contra los demás alumnos, yo tomé a Layloney muy fuerte de la mano y traté de correr con ella, pero los cuervos nos separaron. Yo intentaba quitarlos de mí, pero estos no cedían, seguían picándome. A penas escuchaba los gritos de Layloney que me buscaba, pero yo ya me había alejado demasiado de los demás estudiantes, y mi pecho estaba tan cansado que no podía ni siquiera gritarles. Cuando miré hacia arriba, todos los cuervos estaban rodeándome parados sobre los arbustos que estaban a mí alrededor, y yo en el medio sin poder siquiera levantarme. «Este será mi final» —pensé, sabiendo que si los cuervos me atacaban acabarían conmigo en instantes. El cansancio casi me hace perder la razón, y ya casi no podía mantener mis ojos abiertos. Entonces, uno de los cuervos que parecía mandar a los demás se abalanzó sobre mi seguido de los demás y cuando pensé que todo estaba perdido, la silueta de dos personas apareció ante mí, y claramente pude ver como de sus manos salió un brillo azul, como una especie de gas azul, que hizo que los cuervos se retractaran en su ataque. Todos se dispersaron al graznar de una manera horrible. Traté una vez más de verle el rostro al ser que estaba delante de mí, pero me fue imposible, cansado y débil me desmayé.

Durante mi desmayo, pude ver muchas cosas y entender pocas. Era el recuento de imágenes que no conocía o por lo menos no recordaba.

Lugares extraños de épocas pasadas, gente con ropa antigua, personas muriendo en la hoguera y en especial, dos jóvenes a los que se les impide que se amen, a pesar de verse totalmente enamorados. La joven viste de blanco y el joven viste de negro, sea lo que sea que significaran esas imágenes, en ese momento yo no tenía ni la menor idea de como conectarlas, desperté en un cuarto blanco, tanto como las nubes, había un sillón y pude ver una silueta de una mujer sentada. Una gran ventana dejaba entrar el brillante sol de Half Moon Bay, el olor era inconfundible, me encontraba en el hospital, adolorido y con rasguños leves. Pude comprobar que quien se encontraba en el sillón era mi amada Layloney, que como siempre se encontraba a mi lado con su cara de preocupación.

—¡Ya despertó! —le indicó a alguien.

—Vamos a ver, ¿cómo te sientes muchacho? —me dijo un hombre de bata blanca.

—Me siento cansado —mi voz estaba ronca, tal vez de tanto correr.

Comenzó a revisarme con mucha calma para no lastimar mis rasguños.

—¿Cómo estás Mark? Oh por Dios, ¿por qué no nos avisaron antes?, ¿y dónde está el Director?, quiero hablar con él. ¡Es increíble que pasen estas cosas! —entró exclamando la señora Martín.

—Señora por favor, esto es un hospital —le indicó el doctor.

—Pero Layloney, hija, ¿que pasó por favor dime?—cuestionó a Layloney.

—No sabría decirle, fue un viaje de rutina al bosque y de pronto esos animales...

—¿Animales? —la interrumpió la señora Martín.

—Sí; unos cuervos que nos atacaron, hubo mucha confusión y Mark desapareció. Después de estarlo buscando por algunos minutos, lo encontramos inconsciente a unos metros del autobús —contaba Layloney.

Yo solo escuchaba, pero no lograba recordar mas allá del ataque de los cuervos y el ser que me había rescatado. La imagen venía a mi cabeza una y otra vez, pero me era imposible descubrir de quien se trataba.

—¡Oh Mark!, ¿estás bien? —me volvió a preguntar la señora Martín.

—Sí no se preocupe, solo estoy cansado es todo.

—Ahora prepararé su expediente y se podrá machar —dijo el doctor y eso me alivio.

Los hospitales no eran los mejores lugares para mí. Apenas el doctor se marchó, traté de levantarme para regresar a casa. Se suponía que ese día volvería a mi casa, pero lo último en mi lista de cosas favoritas era lo que había pasado. La señora Martín me dijo que lo mejor sería que me quedara un día más en su casa, y que al día siguiente hiciera lo que quisiera.

—La señora Martín tiene razón —me dijo Laylone mientras me tomaba de la mano.

Lo pensé por unos instantes hasta que decidí que tal vez tenía razón, fingí una sonrisa y con la cabeza le afirmé a la señora Martín que aceptaba su propuesta. En ese instante el doctor apareció con mi expediente, y estuvimos listos para volver a casa. Por la noche todo se volvió más confuso de lo normal. Las pesadillas no cesaron, aunque en esta ocasión no pude concretar nada, tal vez por el sedante que me habían dado en el hospital. La noche se hizo corta y pronto desperté para empezar un nuevo día.

## Capítulo 5

### Mudanza

Siempre tenía la costumbre de permanecer acostado por algunos minutos, antes de levantarme, solo que ese día era diferente, porque empezaba a cambiarme a mi nueva casa, era una forma de llamarla, no porque fuera nueva, si no por que así era como yo quería ver mi vida; como una nueva vida, dejando atrás todo lo que me había marcado y quería empezar de nuevo con Layloney. Ella me llamó a las 7 de la mañana para ver si iría a la escuela.

—No, comenzaré a llevar mis cosas a la nueva casa, quiero ganar tiempo para que no me agarre la noche.

—Ya hablé con Samanta y nos ayudara después de la escuela —me dijo emocionada. —Gracias, que haría sin ti—suspiré...

—Bueno tengo que irme, nos vemos en tu nueva casa al salir de clases, ¿ok?.

—Está bien.

—Besos... te quiero.

—Yo también.

Al terminar de hablar con Layloney, me dirigí al baño para despertarme bien. Comencé a empacar mis pocas cosas en una caja de esas, color café que desocupan en las tiendas. Estaba nervioso porque no sabía que me esperaba, era la primera vez que viviría solo después de salir de St. Lucas.

Camino a mi nuevo hogar, pensé cómo hubiera sido, si nada de mi pasado hubiera ocurrido: ¿como sería mi familia?, ¿tendría hermanos? En fin la tristeza me embargó por algunos instantes, finalmente estaba ahí, frente a esa casa abandonada pero aparentemente en función.

Tomé un respiro antes de dar el primer paso, me costó trabajo darlo pero lo hice, tal vez más que la primera vez que estuve ahí, pero ahora sería para quedarme. Subí las escaleras de la entrada que ya no rechinaban por la reparación, entonces noté que no tenía mis llaves y recordé que la señora Martín me había dicho que estarían en la parte de arriba de la puerta, en un pequeño marco de madera. Subí mi mano y comencé a tocar con un poco de miedo, a que hubiera algún animal o algo así, que se pudiera haber acumulado con el tiempo. Después de recorrerla casi toda, las encontré al final, eran solo dos: una original y la copia. De inmediato pensé en darle una a Layloney.

Pensé en entrar de nuevo y una vez más respiré antes de hacerlo, al entrar las sensaciones me colmaron por completo, no podía creer que estuviera ahí de otra vez. Estaba el pasillo en el que mi madre acostumbraba a poner fotos, enseguida la sala, que se conectaba con la cocina. Miré el espacio donde estaba el sillón en el que encontré los cuerpos de mis padres, la imagen vino a mí como una película de terror. Avancé por el pasillo que daba hacia el patio, las ramas estaban muy crecidas, el árbol donde mi padre me había hecho una casa cuando pequeño se estaba cayendo, pero seguía con la ilusión de que algún día volvería a construirla, tal vez en compañía de mis hijos, la idea sonaba linda... entonces escuché ese ruido que se me hizo familiar y hasta traumático: ¡cuervos!, pensé. Ahí estaban parados en una de las ventanas viejas de la casita, había otros en la parte de arriba del techo, no se veían tan agresivos como los que nos habían atacado en el viaje, pero aún así la sensación de peligro no dejó de hacerse presente en mi cuerpo, me di la vuelta y cerré la puerta.

Regresé para subir y ver los cuartos, cada paso que daba resonaba por toda la casa, era normal por que estaba vacía, los pocos muebles que permanecían los habían removido los constructores porque ya no servían, aunque me hubiera gustado conservar algo que me recordara a mis padres. Después de subir las escaleras llegué al pasillo de los cuartos. El de mis padres lucía igual, solo que abandonado, las ventanas con telarañas, tal parecía que eran el testimonio del paso del tiempo. Enseguida pasé a mi cuarto, fue un poco más fuerte, ahí me encontraba el último día que había pasado en esa casa, la puerta del closet estaba abierta, fue imposible no recordar ese momento en que escuché los gritos de mi madre, no había día que no escarbaran en mi memoria esos recuerdos.

Me paré frente a la ventana para ver la vista que tendría, recordaba muy poco, tal vez porque la noche en que mis padres fueron asesinados, opacaba todos los demás recuerdos, que no fuera eso. Me quedé algunos momentos observando la vista del pueblo. Desde mi ventana, se podía ver parte de la playa, y la brisa del fresco del mar era evidente. Observé el reloj y se hacía un poco tarde, decidí entonces que era hora de empezar, había mucho trabajo por hacer si quería quedarme ese día a habitar en mi casa. Lo primero que hice fue meter mis cosas que había dejado afuera, las coloqué en la sala y comencé a mirarla alrededor pensando por donde empezar, sentí que lo primero sería comenzar a despolvar la casa, ese polvo de años estaba por todos los rincones, tomé un trapo mojado y estaba listo para comenzar, cuando alguien llamó a la puerta, me pregunté que quien podría ser. De inmediato abrí y me llevé una gran sorpresa, Matiew, Samanta y mi amada Layloney estaban ahí para ayudarme, me sorprendió porque era muy temprano, mínimo se tendrían que haber salido de tres clases, para poder llegar a esa hora...

Matiew tenía una sonrisa burlesca, de esas que salen cuando haces algo inapropiado.

—¿Qué pasó? No se supone que deberían de estar en clases ahora —expresé con sorpresa y gusto a la vez. Samanta entró primero y contestó.

—Bueno, digamos que alguien —lanzó una mirada acusadora hacia Matiew—, se encargó de que saliéramos temprano.

Matiew la siguió reclamándoles y exigiéndoles que le agradecieran que habían salido temprano.

—¿Qué hizo? —le pregunté a mi amada que se sonrió de manera hermosa y se abalanzó sobre mí a darme un beso antes de contestarme.

—Hizo que sonara la campana de incendios.

—¡Todo para ayudar a mi amigo a mudarse! —gritó Matiew desde el patio.

—¡Gracias Matiew! —respondí.

Estaba feliz por que mi amada y mis amigos estaban ahí para ayudarme, y podría terminar a tiempo para mudarme ese mismo día, pero aún estaba atarantado por lo que había pasado el día anterior, aparte de lo que había visto, así que estaba un poco pensativo y como siempre Layloney lo notó.

—¿Qué te pasa? Sé que hay algo y no lo quieres decir.—me dijo tratando de sacarme información.

—No pasa nada en serio, es solo que estoy muy cansado aún, además anoche me sedaron y eso me tiene un poco atarantado, pero estoy bien; eso es todo.

—Pues mas te vale que así sea, me sentiría muy mal si tú no confiaras en mi —me dijo. —¿Y por qué no debería de confiar en ti?

—No sé a veces pienso que me ocultas cosas, es como si hubiera un Mark que no conociera —su mirada se endulzó y estuve a punto de contarle todo, pero me detuve por miedo a que pensarán que estaba loco.

En ese momento mi pecho era una bomba de tiempo, queriendo explotar y sacar todo lo que tenía dentro de mí. Quería decir todo lo que me estaba pasando, lo de las visiones, los sueños y las cosas que veía que ya no sabía si era real o no. Pero algo dentro de mí me decía que callara hasta el momento adecuado. Logré convencer a Layloney de que todo estaba bien, y la mudanza y limpieza comenzó oficialmente. Samanta y Matiew como siempre, comenzaron a discutir por las mismas cosas de la escuela, pero no dejaban de trabajar y eso era lo bueno. Me ayudaron a acomodar mis pocas cosas, Layloney y yo solo los observábamos y sonreíamos a la vez que cargábamos las cosas hacia dentro de la casa.

—¿Estás contento? —me preguntó Layloney con curiosidad.

—No puedo negar que me da gusto regresar a mi casa, pero a la vez una gran tristeza me invade al regresar a este lugar —le contesté recordando mis tragedias en esa casa. —Sí, me imagino como te debes de sentir, pero ya ha pasado mucho tiempo y ahora solo te debes de preocupar por ser feliz y por hacerme feliz a mi —me dijo con la

sonrisa angelical que me había conquistado.

Solté lo que traía en mis manos y la abracé con todas mis fuerzas, al mismo tiempo que le daba un gran beso. Al vernos Samanta y Matiew se olvidaron de discutir y comenzaron a reírse de nosotros. En momentos como esos, me sentía pleno y realizado, había regresado a mi casa y estaba con la persona ideal para mí.

## Capítulo 6

### Acoplamiento

Por la tarde ya habíamos terminado y estábamos muy cansados, ninguno había comido, así que Matiew y yo nos ofrecimos a ir por algo de comida, estuvimos discutiendo por casi 15 minutos acerca de que comer: comida china o hamburguesas, al final la comida china triunfó sobre las hamburguesas, y decidimos ir al mejor lugar de Half Moon Bay, el Restaurant Sun-ly. El lugar era antiguo, pero la comida era de lo mejor.

Cuando llegamos una sensación rara me comenzó a invadir, pensé que era tal vez por que no había estado ahí en tanto tiempo, el señor Dou me reconoció en cuanto me vio, el seguía igual, solo que más anciano. Usaba sus acostumbradas gafas de fondo de botella, me miró levantando su cabeza y dejando ver sus pequeños ojos entre su rostro y los lentes.

—¿Mark? ¿Eres tu muchacho?, que gusto volver a verte, pensé que jamás volverías a este pueblo —me dijo con voz muy alegre.

—Pues ya ve señor Dou, a veces nos marchamos de algún lugar sin saber cuando volveremos —le contesté.

—¡Sonia!, ¡Sonia! —le gritó a su esposa para que viniera a verme.

Y fue cuando me comencé a poner un poco colorado, porque yo no era una persona muy sociable, y que tanta gente me demostrara su cariño de esa manera, me hacía sentir avergonzado. La señora Dou era la típica anciana asiática en todos los aspectos; amable y cariñosa. Desde que me vio supo quien era y se abalanzó sobre mí, me dio un beso y me siguió abrazando.

—Mark no puedo creer que seas tú, no sabes como he lamentado lo de tus padres, es una lástima que las cosas hayan terminado así, para unas personas como ellos, pero muchacho no sabes el gusto que me da volver

a verte. ¡Perove como estás de grande! —decía mientras el señor Dou le indicaba que ya me dejara en paz, pues me enfadaría con tanto halago.

De inmediato me tomaron la orden y comenzaron a preparar la comida, mientras yo y Matiew recorríamos el restaurant para recordar viejos tiempos.

—¿Recuerdas cuándo nuestros padres nos traían aquí, los fines de semana? —me dijo muy nostálgico, como si estuviera viendo el momento exacto que había pasado hacia años atrás.

Tal como me lo decía Matiew, nuestros padres nos llevaban siempre a comer al mismo lugar, porque nos encantaban las galletas que preparaban ahí, luego le dábamos el papel a alguno de nuestros padres y ellos lo leían por nosotros, simulando que el papel iba dedicado especialmente para nosotros, disfrutábamos mucho esos momentos. Tras esperar algunos minutos esperando la comida, pude observar un viejo cuadro, localizado en la pared de la entrada y que no noté al entrar, porque quedaba a mis espaldas. El cuadro era muy grande y viejo, pero no fue eso lo que me llamó la atención, si no lo plasmado en el mismo. Se trataba de un gran cuervo con las alas extendidas a todo su esplendor. Cautivado por la pintura, caminé hacia ella para observarla mas en detalle, algo dentro de mi me decíaque la tocara, pero yo siempre había sabido que era de mala educación tocar las cosas que no nos pertenecen, pero el sentimiento pudo más que yo, y sin pensarlo dos veces comencé a acariciar el cuadro que de inmediato me comenzó a transmitir sensaciones raras, y las visionesvolvieron de nuevo. Esta vez vi como dos grandes ejércitos se enfrentaban en batalla, era entre lo blanco y lo negro; la luz y la obscuridad, el bien y el mal, y ahí estaba yo, entre esos dos lados; en el medio, como una espada cortando a la mitad.

Podía caminar entre ellos, pero no les podía tocar ni hablar, al final de la línea en la que yo estaba, se encontraba la sombra negra, la misma que había visto en mi visión el día del viaje al bosque, al querer acercarme a él, la voz del señor Dou me hizo volver a la realidad.

—Es hermoso verdad —me dijo mientras miraba mis ojos, como si supiera lo que veía. —Sí; es hermoso y un poco extraño —contesté con una

sonrisa fingida y a la vez preocupada.

—Lástima que tenga un pasado tan malo y oscuro —dijo indagando una incógnita, como si quisiera que yo preguntara.

—¿Por qué? —contesté respondiendo a sus ganas de que lo preguntara.

—Esta es la pintura de la Dinastía Fu-lo, data de hace 500 años y según la familia a la que perteneció, es el retrato vivo del mal —me dijo en tono serio.

—¿iDel mal!? —pregunté queriendo saber más de aquella pintura.

—Si así es Mark, según ellos, este Ser perverso renace cada cierto tiempo, para tratar de acabar con la humanidad, pero siempre es vencido...

Y cuando estaba a punto de contarme todo, apareció Katrina, de entre la nada y en el momento mas inoportuno.

—Necesitaba ordenar algo señor Dou —dijo claramente, tratando de cortar la conversación.

El señor Dou de inmediato entró en nerviosismo, pero sin decir nada mas obedeció las ordenes de Katrina y se retiró hacia el mostrador, para entonces la señora Dou ya tenía nuestra comida lista y empaquetada para llevar.

—Es mejor que se marchen, la comida se puede enfriar y así no sabe buena —dijo la señora Dou casi corriéndonos a la puerta.

Una vez afuera, ella cerró la puerta y volvió al mostrador junto con su esposo y Katrina, era extraño, porque Katrinano parecía ordenar nada, si no más bien discutir algo.

—No sé si lo que siento por esta chica es amor o admiración —me

dijo Mark desconcertado.

—Bueno tal vez es solo admiración, aunque no sé de qué es prepotente y engreída —le contesté en un tono enojado por su acción de interrumpirme.

—Es que eso es lo que me llama la atención de ella, esa forma de mandar y controlar a la gente con su belleza. Es la mujer ideal, es una lástima que ese chico, Marcus, no la sepa aprovechar —me dijo lamentándose.

Claramente Matiew no tenía remedio, estaba completamente enamorado de Katrina y no cambiaría de opinión por nada del mundo. Cuando llegamos a la casa las chicas estaban un poco asustadas, desde hacia un rato un par de cuervos se habían parado en la ventana de atrás, tal vez de los mismos que estuvieron en la casita del árbol, cuando yo había llegado. Según Samanta eso era de mala suerte, aunque para mi solo era un suceso más de los que me estaba pasando últimamente.

—Eso es una señal de mala suerte, ¿es qué no recuerdan que esos pájaros casi matan a Mark? Si esos cuervos estuvieran en mi casa, mi padre ya habría echado agua bendita, créanme —dijo Samanta un poco alterada, porque así era cuando se trataba de esas cosas. Su familia era muy creyente de cosas de hechicería.

—Samanta cálmate, son solo dos cuervos comparados con la manada que nos atacó en el bosque, además las autoridades ya dedujeron que nos atacaron porque nos metimos a sus nidos, y cualquier animal reaccionaría así al ver sus crías en peligro —dijo Layloney tratando de calmarla, pero en su voz se notaba un miedo oculto también.

Matiew aprovechó el miedo de Samanta para empezar a molestarla, y eso provocó risas entre todos. En ese momento me dio la ansiedad de mirar al reloj, eran las 10:20 de la noche, entonces comenzaron las despedidas, al día siguiente había escuela así que nadie se quería desvelar, Samanta y Matiew fueron los primeros en salir, mientras que yo trataba de convencer a Layloney de que se quedara un poco más, pero sus padres eran muy conservadores y jamás le permitirían que llegara tan tarde a casa, mientras Matiew y Samanta la esperaban en la calle yo me despedí de Layloney en la puerta.

—¿Estarás bien verdad? —me preguntó preocupada.

—¡Claro que si, no soy un niño! —le contesté hacienda valer mi condición de hombre. —No, no es eso lo que me preocupa, si no lo que te ha estado pasando en las últimas semanas Mark, y sabes a lo que me refiero —me dijo más preocupada.

Entonces le sellé los labios con mi dedo y le comencé a acariciar su bello rostro.

—Todo va a estar bien, de veras, es solo el cambio lo que me tiene así —le contesté para tranquilizarla y le di un beso de despedida.

La verdad que cuando la besaba, me daban ganas de todoperoyo no quería presionarla a nada, no quería perderla, ella era la mujer que había estado esperando siempre. Ya se habían marchado todos, cuando cerré la puerta para irme a acostar, sabía que sería una noche difícil, era la primera noche que pasaba ahí desde la muerte de mis padres.

La soledad llega siempre en el momento menos indicado, y cuando menos uno la necesita, es ese momento en el que escuchas cada sonido que se produzca donde estás; el rechinado de la madera y de los vidrios. Hasta ese momentoyo ya estaba a punto de salir corriendo, muchos pensamientos venían a mi cabeza y la imagen de mi pasado no me soltaba. La temperatura comenzó a subir impresionantemente, y el calor en mi cuerpo me cocinaba, me levanté y estaba totalmente mojado de sudor, bajé para tomar un poco de agua y refrescarme. Al regresar a mi cuarto una rama golpeaba mi ventana como si quisiera llamar mi atención, al principio no hice caso y me dirigí a mi cama, pero el segundo golpe fue más fuerte y el ruido podía confundirse fácilmente con mi nombre:

Mark, Mark...

Por lo menos eso creía escuchar, así que me dirigí a la ventana para salir de dudas, y ahí estaba ese hombre alto parado en medio de la calle, el miedo que sentía se convirtió en curiosidad, tenía esa preocupación de

saber quienes eran esos seres, y por qué me seguían a todos lados, ¿acaso les debía algo? Me preguntaba yo mismo sin obtener respuesta. Y no había de otra, la única opción era enfrentarlos de nuevo, sabiendo que en cualquier momento podían escapar y nunca sabría que era lo que querían de mí.

Bajé las escaleras de prisa y suspirando aún, por la impresión de lo que vería. Abrí la puerta casi sin hacer ruido, los tres segundos que la puerta duró para abrirse me parecieron una eternidad, pero tanta espera por lo menos para mí, había sido en vano, el hombre de negro se había marchado sin dejar rastro alguno. Caminé hacia la calle para solo gritar como un loco desesperado, tomé aire de donde pude y lo solté a mas no poder: ¿qué quieren de mí?, ¿quiénes son?, ¡vamos den su cara! Seguí gritando sin obtener respuesta, a excepción de algunos vecinos que prendieron sus luces para ver que era lo que pasaba, y sus perros que no dejaban de ladrar. Me sentí como un loco desquiciado en ese momento, y aunque yo sabía que lo que veía era real, los demás no lo entendían, y yo no se los podía contar, por miedo a que en verdad pensaran que estaba loco.

Sin más nada que hacer en plena calle, regresé a la casa para tratar de dormir un poco, y cuando me dirigía a entrar, el hombre apareció de nuevo, se veía a lo lejos, en el bosque que quedaba atrás de mi casa y que daba a la playa. Sin pensarlo dos veces corrí tras él, pero al llegar a donde se encontraba el hombre, ya se había movido de lugar y se encontraba más lejos aún. Cuando me detuve había un gran árbol que tenía muchas inscripciones hechas con cuchillos o piedras afiladas, nunca había estado en ese lugar, era nuevo para mí a pesar de haber nacido ahí, cuando me marché era muy niño para que mis padres me dejaran andar solo por el bosque. Comencé a observar cuidadosamente las inscripciones y algunas eran muy viejas, databan de más de cien años de antigüedad, había desde nombres hasta poemas y una de las inscripciones en especial, se trataba de un corazón muy grande, que estaba en la parte de arriba con dos nombres grabados: «Saratini y Randol».

Cuando me concentré viéndolos, comencé a sentir la sensación de que alguien me observaba a mis espaldas, me di la vuelta rápidamente y ahí estaba frente a mí, mas cerca que nunca; el hombre de la calle. Tenía una capucha que lo cubría por completo, desde

la cabeza hasta los pies.

—¿Quién eres? —le cuestioné, esperando que ahora si me contestara.

Pero no lo hizo, ya me había acostumbrado a esas faltas de educación de parte de él, así que caminé lentamente hacia donde estaba, para tratar de descubrirlo de su escondite, pero al tratar de tocarlo, dio un giro de tan rápido que el viento movió mi pelo, y en un instante ya se encontraba detrás de mi. Fue entonces cuando me di cuenta que no caminaba, si no que flotaba, el miedo comenzó a invadirme de nuevo, pero traté de controlar mi corazón en un intento por no demostrarle al hombre lo asustado que estaba. Me volví a dar la vuelta para volver a estar frente a él, pero esta vez para despedirme, no estaba dispuesto a prestarme a un juego que no tenía sentido, yo era el que hablaba, yo era el que buscaba, y yo era el único que se estaba cansando de eso. Así que me di la vuelta, y sin decirle nada, caminé de regreso a casa, apenas había dado un par de pasos, cuando un cansancio en mi comenzó a sacarme de mis sentidos y en segundos perdí el conocimiento. Pero las pesadillas no pararon ahí, si no hasta que amaneció.

Por la mañana cuando abrí los ojos, estaba muy cansado, me sentía mal, me dolía la cabeza y mi cuerpo estaba cansado, como si por la noche hubiera corrido por todo el pueblo, o tal vez si lo había hecho pero no lo recordaba. Mi ropa estaba totalmente enlodada, al igual que mis tenis. Sin darle importancia bajé las escaleras y el desorden de la noche anterior aún seguía en la mesa. No había hecho nada durante la noche mas que ver cosas irreales, pensé, y así como me sentía comencé a limpiar el desastre. Cuando terminé la casa no estaba limpia, pero por lo menos lo había intentado, eran las 8:08, y tenía clase para las 9:00 AM.

Después de haber tratado de limpiar, me dispuse a tomar un baño para relajarme un poco antes de ir a la escuela, traté de poner el agua lo mas tibia que se pudiera, pero aún así calaba mi piel, pero no había otra cosa mejor para reanimarme. Después de media hora bajo la ducha estaba listo para irme a la escuela, tomé mi celular y tenía tres mensajes de texto, eran de Layloney:

¿A que horas llegarás hoy?

Te esperare para tomar el luch juntos.

Te amo.

Esas cosas eran las que me hacían que me enamorara másde ella, su calidez que podía sentirse hasta por los mensajes, suspiré de amor y de inmediato le contesté:

Yo también te amo, ya voy para allá.

Sin mas que esperar me dirigí a la escuela, teniendo que pasar por la orilla del bosque, era imposible que no pasara por mi cabeza lo del día anterior, ni que me hiciera la misma pregunta que pasaba por mi cabeza a cada instante: ¿quién era ese hombre que veía en mis pesadillas, y que mas aún veía en la vida real?

El tiempo se me hizo corto de la casa a la escuela y faltaban 10 minutos para que entrara a mi clase: !perfecto! pensé.Tenía tiempo de ir a ver a Layloney, pero las cosas no saldrían como se planeaban, al entrar a la escuela todos se me quedaban viendo, como a un extraño o a un loco, fueronterrible, peor que el primer día, como si todo lo que habíahecho para no ser el nuevo hubiera retrocedido y lo seguíasiendo. Al final del pasillo estaba Layloney junto a Samanta, traté de disimular lo disgustado que estaba con la situación y me dirigí a ella como si nada pasara.

—Hola —le dije al tiempo que sonreía para ella.

—Hola — me contestó con voz seria.

A pesar de su respuesta pude notar que algo estaba mal y no tardaría en cuestionarla.

—¿Sucede algo?

—Tenemos que hablar —me dijo en el mismo tono del principio.

—Bueno los dejo para que hablen —dijo Samantasimulando que algo grave pasaba.

Ella se marchó y de inmediato la mirada de molestia de Layloney se clavó sobre mí.

—Tienes tiempo para hablar después de tu clase —me dijo.

—Sí, creo que sí, pero de qué quieres hablar, ¿qué sucede? —le volví a cuestionar.

La campana no podía ser mas inoportuna que en ese momento, no podía creer que pasaría una hora con la ansiedad de que le sucedía a Layloney, el solo pensar que quisiera dejarme me ponía a temblar.

—Te veo luego —me dijo de la manera más cortante.

—Si esta bien —le contesté con una confusión indescriptible.

Las horas en la escuela se me hacían eternas, pero nunca se me habían hecho tan delirantes como la de ese día, no encontraba mi lugar, y por si fuera poco, Katrina y su guardaespaldas no dejaban de mirarme, en instantes ya no soporté mas y pedí permiso para ir al baño: ¡genial! pensé. Mi profesor era nada más ni nada menos que Mr. Fisher. El profesor más rudo y antiguo de la escuela.

—Disculpe profesor, ¿puedo ir al baño?

—¡No! —me contestó con una voz rotunda.

—Pero estoy en mi derecho de ir a baño —le cuestionétratando de hacerlo entrar en razón.

—Yo también estoy en mi derecho de dejarlo salir o no jovencito —me

contestó en un tono divertido.

—¡Pero!...

—Pero nada, es mi clase y aquí se hace lo que yo digo, y si no le gusta ahí esta la puerta Mr. MARK.

Una vez más tomé asiento y seguí escuchando la clase, que aunque parecía que escuchaba no lo hacía, porque mi mente se encontraba fuera de lugar. Una vez que terminó la clase me marché con la cabeza en blanco y a la vez con mil cosas en ella, más bien saturada de tanto pensar que era lo que me tenía guardado Layloney. Por mi experiencia con ella, sabía que no era nada bueno, la conocía demasiado bien para saber que sus labios vibraban cuando se enojaba.

Al salir al patio de la escuela ahí estaba ya sentada en una mesa, aún así con su enojo se veía hermosa y radiante, a tres pasos de ella podía sentir la vibra de que algo malo pasaba.

—Bueno ya estoy aquí, ¿me puedes decir que es lo que pasa? —pregunté sabiendo que era algo malo.

—¿Qué te pasa Mark?, ¿qué está pasando contigo —me dijo muy molesta.

—¿Qué me pasa de qué, ¿o que?, no entiendo —contesté confundido.

—Todo el pueblo escuchó anoche tus gritos como un loco —me volvió a decir.

Entonces comprendí, que la situación del día anterior, había generado una histeria colectiva en un pueblo donde todo el mundo se conocía, y no se acostumbraba a ver extraños gritando por la noche.

—Con que de eso se trataba —le repliqué.

—Si de eso, es que a veces creo que no te conozco nada Mark, pareciera que estoy con una persona cuando estás conmigo, y cuando no, eres otra

persona —dijo pero esta vez sus labios ya no vibraban, si no que se veían pálidos porque realmente estaba preocupada.

—Layloney hay muchas cosas que te tengo que explicar, cosas que me pasan, pero es difícil para mi decirlas —le dije frustrado.

—¿Y yo qué?, no crees que es difícil para mi esta situación, creo que si no cambias tu forma de pensar acerca de como estás llevando esto, pues no va a ver mucho futuro para lo nuestro. Yo estoy contigo Mark, te apoyo y todo lo que túquieras, pero si no sé que es lo que te aflige, créeme que no podré hacer nada. Piénsalo —me dijo marchándose y dejando un espacio entre los dos.

Solo me quedé callado tras su partida, hubiera sido fácil tenerla y explicarle todo pero, algo en mí me decía que no lo hiciera, tal vez el espacio que ella misma había marcado entre los dos, era el necesario para resolver todos mis problemas. Tendría un tiempo para arreglar todo lo que me pasaba con mis visiones, y eso no dañaría más mi relación con Layloney.

Ese día por la tarde, quedé de verme con Matiew para ir a comprar los muebles que hacían falta en la casa, sería algo difícil, por que tenía la ilusión de que Layloney me acompañara a comprar todo para la casa, quería que la decoración quedara como ella lo deseaba. Decidimos ir a la mueblería más cercana. Me daba lo mismo, solo quería tener un sillón donde sentarme, una tele donde ver el Soccer, y una cama para dormir. Estuvimos viendo de todo en el lugar, me tomó una hora escoger lo que necesitaba, a la hora de pagar la joven que nos atendió me miró extraño, como pensando, que cómo una persona de mi edad podría hacer todas esas compras.

—¿Pasa algo? —preguntó Matiew.

—No nada, ¿encontraron lo que buscaban? —cuestionó la joven.

—Sí gracias, ¿en cuánto tiempo harán la entrega de las cosas? —respondí.

—Déjeme ver el horario —miró el reloj y después la computadora—, tiene

suerte, hoy mismo se le entregaran.

Me dio risa lo de la suerte, con tantas cosas que me estaban pasando, lo último que podía tener era suerte.

—¿Te es incomodó verdad? —me preguntó Matiew, pero no entendí su pregunta.

—¿A qué te refieres?.

—A lo de que no crean que tengas tanto dinero, nadie creería que alguien de 17 años —hizo una pausa—, bueno casi 18, porque el domingo es tu cumpleaños, ¿verdad?

—Así es, ¿lo recuerdas?

—Como olvidar los cumpleaños que celebraban tus padres, eran los mejores —sonrió. —Sí, tienes razón, no sabes como extraño esos tiempos, pero no me queda mas que seguir adelante, y creo que ya di el primer paso, el regresar a la casa y crear ahí lo que dejé empezado me ayudara mucho.

—Que bueno que pienses así, todo va a estar bien ya lo verás —me puso la mano en el hombro.

—Y volviendo a lo del dinero, no puedo andar por la calle explicándole a todo el mundo el origen de mi dinero, ¿verdad?

—Así es —sonrió con ganas.

Regresamos a casa para hacer algunas cosas de la escuela. El tiempo con Matiew era más pasable, porque a él no le tenía que darle explicaciones sobre mis actos, después de todo era mi mejor amigo, y todo lo veía gracioso. Cuando llegamos a la casa, Matiew me comentó que en la entrada estaban de nuevo esos cuervos que últimamente se habían apoderado de la fachada de mi casa.

—Si, ya he pensado en algunas maneras de espantarlos —le

dije sonriendo.

—¿Si?, ¿cómo?, ¿comprarás una pistola y les dispararás? —me contestó con humor.

Sonreí con su comentario, sin dejar de estar triste por lo de Layloney, Matiew notó esto y de inmediato me cuestionó en su tono acostumbrado de descuides.

—¿Pasa algo? —me preguntó al notar mi decaída de ánimo, a esa hora ya debería de estar con Layloney y no era así.

—Es por Layloney, se enojó por mi comportamiento.

—Lo supuse —su voz sonó como que se estaba haciendo el tonto para no incomodarme—, desde que me llamaste para ir a comprar los muebles, sabía que lo querías hacer con ella. Pero dime algo, ¿no le has dicho lo de tus pesadillas?, porque eso de tus arranques en la calle, estoy seguro que tiene que ver con lo de tus pesadillas ¿o no? —volvió a preguntar indagando en una segunda posibilidad.

—Claro que es por eso, por que más debería de ser —le contesté dejando en claro que así era.

—Pues si quieres un buen consejo de amigos, tienes que decirle lo de las pesadillas, antes de que ella tome una decisión que no sea la mejor para ti —dijo en tono serio.

Por algunos segundos me quedé pensando, y llegué a la conclusión de que tal vez Matiew tenía razón en lo de confesarle a Layloney lo que me estaba pasando, y antes de poner en claro todo lo que me sucedía, era con ella con quien debería aclarar todo. Mientras mas pensaba que era lo que debería de hacer, mas cosas se me venían a la cabeza y la situación se tornaba cada vez mas incómoda, sería que el miedo a perderla podía mas que todo. Me bastaron minutos, para decidir que era hora de hablar con la verdad, de abrir la caja de secretos que guardaba desde el día que había llegado de nuevo al pueblo. Me perdí tanto en mis pensamientos, que me olvidé de que Matiew estaba ahí, pero él no tardó en recordármelo, fingió toser como para llamar mi atención y sirvió para que de inmediato regresara al presente.

—¿Sigues ahí? —me dijo fingiendo que no lo sabía.

—Si aquí estoy, disculpa, pero me quedé pensando y creo que tienes razón —le dije poniendo mi mano en su hombro.

—Sé que hagas lo que hagas, harás lo correcto —me contestó con una sonrisa confortadora.

—Gracias —le contesté.

Rápidamente regresamos a hacer la tarea de Biología. Mientras hablábamos de células, membranas, tejidos y todas esas cosas que no entendía, recordé la pesadilla de un día antes, o tal vez no había sido una pesadilla, por lo menos la recordaba lo suficientemente bien, como para que lo fuera. De nuevo me volví a perder en mis pensamientos, pero esta vez Matiew no fingiría toser para regresarme a la realidad, tomó su lápiz y me lo arrojó, asegurándose de no sacarme un ojo. El lápiz golpeó mi hombro suavemente, pero lo suficiente como para hacerme volver a la realidad.

—Discúlpame —le volví a decir avergonzado.

—¿Por qué andas tan distraído?, ¿esto no es por lo de Layloney? —me preguntó de nuevo.

Podría decirle una mentira fácilmente, para dejar de hablar del tema, pero no hubiera sido suficiente para Matiew, él me conocía bien y sabía lo de mis pesadillas, solo que esta vez había sido diferente, diferente locación, diferente ambiente, y diferente personaje. Era como una película en el mismo CD, pero con diferente historia.

—Son las pesadillas de nuevo —le dije y hice una pausa para pasar saliva—, solo que esta vez fue diferente.

—¿Diferente? —me preguntó confundido.

—Sí —y volví a hacer una pausa—, esta vez no sucedió aquí en mi casa, si no que salí de ella hacia el bosque. Caminé un poco y llegué a un lugar

que nunca había estado —le dije mientras él escuchaba atento.

—¿Y estás seguro que fue un sueño? —me preguntó indagante.

—Eso es lo malo, que no sé si fue un sueño. El lugar se veía tan real, era un gran árbol y en el había grabados muchos nombres y fechas, muchos me llamaron la atención pero... —y no terminé de decirlo cuando Matiew me interrumpió.

—¿Un árbol grande con nombre dices? —respiró y comenzó a hablar entre cortado—, ese lugar existe —me dijo en seco.

—¡Que!, no puede ser, como soñar un lugar que no conoces —me cuestioné yo solo. —Eso no es lo raro —me dijo aún más sorprendido.

—¿Por qué? —le cuestioné.

—Mark, ese lugar está mínimo a una hora caminando bosque adentro, y tú dices que apenas caminaste unos minutos —me volvió a decir exaltado.

Ante la confesión yo no sabía ya que pensar, y no me quedaba duda de que aquello no había sido un sueño, si no una realidad. El hombre, y los nombres grabados; todo era real. ¿Pero cómo había caminado una hora en tampoco tiempo?, no había lógica para eso —me volví a preguntar a mi mismo.

En el momento los dos estábamos muy confundidos, Matiew solo me miraba con cara de quererme dar una solución para el problema, pero el problema parecía uno de esos que acostumbramos a fallar en la clase de Matemáticas. Sin más que poder hacer, Matiew se marchó con la preocupación de lo que me pasaba, pero no lo dejaría ir sin antes asegurarme de que no diría nada a nadie, aunque yo sabía que no lo haría, no estaba de más asegurarse.

—Antes de que te vallas, prométeme que no dirás nada—tomé aire y le repliqué —, a nadie —le dije con confianza.

—No te preocupes, tú sabes que no lo haré, puedes confiar en mi —me dijo relajado.

Me dio un abrazo y se marchó. Inmediatamente después, observé el camión con letras verdes en su carrocería. Los muebles ya estaban ahí, me alegré de que dormiría en cama nueva, y de que ya no me sentaría en el suelo para comer. Me apresuré a acomodar la sala, y les pedí que colocaran la mesa en la cocina y la cama en el cuarto, les pregunté si sabían armarla, yo no tenía ninguna herramienta para hacerlo, así que ellos lo hicieron por unos dólares extras. Me senté en mi nueva sala a esperar, mientras ellos terminaban de armar los muebles. En ese momento de soledad, fue que el amor me invadió de nuevo y me decidía hablar con Layloney. Más tarde que pronto le marqué a su teléfono, pero fue en el baño. Después de 7 timbres la contestadora me respondió en su lugar, mi corazón vibró al escuchar su dulce voz: Por favor deje su mensaje, y en cuanto pueda le responderé: ¡Besos Layloney...!

Decidí mandarle un mensaje de texto al ver que no contestaba, no sabía cuantas líneas escribirle, o cuantas eran necesarias para poder explicarle cuanto sentía mi comportamiento hacia ella, y cuanto la quería. Al final solo dos fueron suficientes: Necesitamos hablar, es importante para mí y para los dos. Pase lo que pase, recuerda que te amo... Mark.

Después de mandar el mensaje sentí un alivio inmenso dentro de mi pecho, por momentos parecía que todo se compondría y los problemas se irían como el viento. Mas tarde de haber pensar eso, escuché que alguien bajaba por las escaleras. En verdad los trabajadores habían hecho muy bien su trabajo y demasiado rápido, les di las gracias y se marcharon. Me quedé sentado en el mismo lugar de antes, pasaron algunos minutos para que me diera cuenta que frente a mi casa estaba la chica rara de la escuela: Katrina, no hacía nada, solo observaba cuidadosamente. Todavía no caía la noche y el sol del crepúsculo hacía brillar su gran cabellera negra, que se movía con el viento frío que acostumbraba a soplar por las noches en Half Moon Bay.

Traté de averiguar algo en su mirada, pero me fue imposible, su mirada era mas penetrante que cualquier cosa, era pesada y de un negro tan profundo como el fondo del mar. Una vez más no pude controlar mis instintos y me acerqué a la ventana, y tal vez de una

forma grosera y sin pensarlo le grité desde mi ventana:

—¿Qué quieres aquí? —hice una pausa y tomé aire—. Déjame en paz —volví a decirle.

Solo me volvió a mirar, y cuando pensé que no me haría caso y que me ignoraría como siempre lo hacía, giró su cabeza hacia el bosque con un movimiento extraño, como si no quisiera llamar mi atención, pero al mismo tiempo queriéndome decir algo, tal vez que la acompañara al bosque, entonces pensé que tal vez eso era lo que quería todo este tiempo, solo quería una aventura conmigo, y por eso me miraba a todas horas, pero yo estaba muy confundido por todo lo que me estaba pasando: las visiones, pesadillas y Layloney, como para pensar en tener una aventura con una excéntrica desconocida.

Decidí ignorarla y regresar a la sala para esperar a Layloney, me senté en el sillón que daba a la ventana de la calle y mientras lo hacía, la chica Katrina seguía ahí, y aunque trataba de ignorarla, no podía, su mirada se había clavado en mi pensamiento y a cualquier intento de no verla o sentirla, mis pensamientos me hacían que la mirara. En instantes comencé a sentir una necesidad de mirarla, a sentir su respiración, su aliento y a sentir su piel de porcelana. Mis ojos estaban cerrados y yo podía sentir todo eso, cuando los abrí, ella estaba ahí encima de mí y me hablaba al oído, pero no podía entender lo que me decía, parecían murmullos, pero aquella voz hacía que mi sangre hirviera.

—Espera —traté de decirle, pero con ganas de que siguiera—, ¿por qué haces esto? —le repliqué, pero no me ponía atención y más bien se concentraba en lo que hacía.

Comenzó a tocarme mi cara como queriendo reconocerla, mis ojos, mi nariz, mi boca y después bajo hasta mi pecho, poco a poco iba tocando mi piel con la punta de sus puntiagudos dedos. Se sentía la fricción entre las dos pieles, como si se tratara de dos cosas que se veían después de mucho tiempo. El momento estaba en su punto máximo cuando la puerta sonó. Volví en mí y estaba ahí yo solo, en el sillón sentado como al principio, aún sudaba de la excitación que

me había provocado aquel momento. Miré ala ventana para comprobar que Katrina ya no estaba en el árbol frente a mi casa.

La puerta volvió a sonar pero con mas desespero, parecíaque quien fuera, estaba apunto de marcharse. No sabía por cuanto tiempo había estado tocando la puerta, después de segundos reaccioné y me di cuenta de que podía ser Layloney, de inmediato me levanté para abrir, ya se estaba yendo cuando abrí la puerta.

—¡Espera! —le dije desesperado, se detuvo, dio la vuelta y me miró mordiéndose los labios.

Está enojada —pensé.

—Disculpa, no escuché la puerta —le dije tratando de justificarme por no abrirle pronto.

—No tengo mucho tiempo, así que si vas a decir algo dilo pronto —me dijo sin mirarme a los ojos.

La situación era mucho peor de lo que pensaba, ya niquiera me miraba a los ojos.

—Tengo que pedirte perdón y explicarte muchas cosas que me han sucedido últimamente.

Ella seguía indecisa, sin pasar hacia adentro de la casa para escucharme, o marcharse y dejar todo igual. Pero parecíaque podía más su amor por mí que cualquier cosa. Despuésde unos segundos por fin dirigió su mirada hacia mí y me contestó.

—Está bien, escucho.

—Pero quisiera que habláramos adentro —pausé para ver su reacción—,

por favor — intentó ser sincero.

Miró a todos lados, como sospechando de que yo le pudiera hacer algo, me sentí terrible por eso, la persona que mas amaba sentía temor de mi, para ella era como una bestia en esos momentos, pensé que todo era culpa mía. Mi comportamiento habría asustado a quien sea, cualquiera hubiera pensado que yo era un demente asesino de esos de las películas de terror, que acostumbran a hacer sufrir a sus víctimas.

Al final se arriesgó y decidió entrar hasta la sala, cuando pasó junto a mí, pude escuchar el palpitar de su corazón, pero me era difícil saber si era por el miedo a mí, o por los nervios que sentía de estar juntos. Una vez dentro la invité a sentarse a la sala, aceptó sin pensarlo, como si ya estuviera resignada a que pasara lo que sea. Su mirada estaba cristalina, claramente podía verse que estaba a punto de brotar de sus ojos las lágrimas de sufrimiento por todo lo que estaba pasando.

—¿Estás asustada verdad? —le pregunté para saber comose sentía, aunque dentro de mí sabía que así era.

—Mis padres no quieren que te vuelva a ver —me dijo entre pausas.

—Los entiendo —le dije, al tiempo que agaché mi cabeza—, ¿y tú quieres eso?

—En estos momentos, lo único que quiero es saber qué es lo que te pasa, qué piensas y todas esas cosas que no sé de ti. No quiero saberlo por nadie más que por ti —me dijo y comenzó a llorar.

Entonces sabía que era el momento de hablar para que ella me entendiera, tomé aire y me dispuse a explicar.

—Cuando dejé Half Moon Bay, para irme a St. Lucas, fue una experiencia muy amarga, pensé que la muerte de mis padres se quedaría aquí, donde había pasado, pero no fue así, los recuerdos comenzaron a llegar tan rápido como habían pasado los hechos —mientras contaba ella me miraba y las lágrimas rodaban por sus mejillas, parecía que sentía el dolor que yo había sentido—. Desde el

momento en que llegué a St. Lucas, comencé a tener una clase de pesadillas que no me he podido explicar, las más comunes eran las de la muerte de mis padres, pero eran a diario, siempre el mismo sueño. Pasaron los años y las cosas siguieron igual. Nunca tuve amigos, ni nadie que quisiera conversar conmigo, debido a mi procedencia y a mis antecedentes —hice una pausa para dejarla hablar, se notaba en sus labios que quería hacerlo.

—Lo siento tanto —me dijo acariciando mi cabello.

Quería detenerme y no contar más, el recordar me causaba mucho daño y más cosas de mi infancia, pero era demasiado tarde, tenía que terminar de contarle todo a Layloney y de una vez por todas terminar con tanto misterio. Mi voz titubeaba cada vez más, conforme avanzaba, pero no me podía detener y seguí contándole.

—En una ocasión, un grupo de niños me rodeó en el patio de St. Lucas. Ellos comenzaron a insultarme y hasta golpearme. De alguna manera, comportamientos como esos, me hicieron creer que toda la gente a mi alrededor eran iguales, tal vez de ahí mi forma de ser comenzó a cambiar poco a poco, me fui tornando desconfiado con las personas, a no contar todo lo que me pasaba, la única persona en la que podía confiar, era en la madre Rochell, ella fue la única persona que a mi paso por ese lugar, me dio calor y me enseñó lo que es el cariño. Si me caía ella siempre estaba ahí para curarme y hacerme sentir bien —volví a hacer una pausa, pero esta vez porque lo necesitaba y ella lo aprovechó para confortarme.

—Se ve que fue una gran persona, no sabes como lamento no haberte comprendido antes —me dijo con la misma ternura que la caracterizaba.

—Pero lo peor ha empezado a venir ahora que volví, las pesadillas han pasado a ser alucinaciones, y no sé a que se deba. Estoy confundido Layloney —terminé diciéndole al mismo tiempo que me abrazaba.

Por momentos me sentía como un niño pequeño que lloraba, y necesitaba de la protección de alguien más grande. Era gracioso, porque se suponía que yo debería de protegerla a ella.